

# **Luna Azul**

Rafael Oviedo, 2013 - 2015

## **Sinopsis**

Luego de la última guerra, sale a la luz una clandestina ciudad subterránea que le cambiará la vida a dos humildes sobrevivientes, donde tras una larga dictadura de más de 40 años es alterada por la avidez de escapar a la filosofía de la voluntad del ser.

I

Se levantó en medio de la madrugada de golpe, sudando y viendo hacia la luz de la luna que se proyectaba entre los cristales de la ventana, recordando las historias de su madre en la niñez antes de verla morir; levantándose se secó el sudor con una toalla que tomó del lado de la cama y se recostó de la empolvada ventana. Vio hacia abajo desde aquel olvidado edificio con el corazón arrugado y los ojos aguados por los días que se vivían en la actualidad por causa de *la última guerra* y desde aquella alta vista lograba observarlo casi todo, los techos de las casas que aún quedaban, los escombros de algunas que ya no estaban y algunas personas que buscaban dónde refugiarse ante una noche que acechaba a todos. Incluso aquella plaza la veía, aquella donde semanalmente un discurso era manifestado por este grupo adoctrinador que pretendía cambiar las cosas.

Pronto se apartó de la ventana con las gotas ya en el mentón y seguía recordando las historias de una madre que presencié el fin de un mundo y el nacer de otro. Los tiempos eran distintos y las imágenes del pasado eran efímeras y borrosas. Trató de dormir, con un pensamiento que no le permitía vivir en paz: el qué sería del mañana. Aquel hombre, Jacob Meller, tenía una utopía en su mente para el mundo. El sueño se apoderó rápidamente de sus párpados y la cama de su cuerpo fatigado, cuando el sol salió de entre las altas montañas lejanas él apenas pudo continuar con el sueño que le había regalado la noche anterior; se puso de pie sintiendo la madera en sus plantas, y se paró en busca de agua —la cual no había desde hacía unos días— pues los hombres tenían que buscar sustentarse ellos mismos.

Salió cuando el sol ya calentaba vertical decidido a conseguir algo para comer y aguantar quizá un día más. Bajó todos los pisos por las escaleras evitando tropezar con los cables sueltos que salían de los muros derrumbados, recordándole que los ascensores no tenían electricidad, ni los bombillos rotos luz, era un sueño pensar en la energía. Llegó al primer piso y salió lento con la frente erguida y los ojos vigilantes. Observó en una medida de ciento ochenta grados y cuando sus pies proponían un destino ya marcado, un tipo esbelto que parecía huir de algo y con la cara pálida se le acercó casi corriendo, y llevándoselo de por medio lo tumbó.

—¡Los síndicos dicen que por las noches hay quienes regalan de comer!— le gritó aquel hombre eufórico y apresurado.

—¿De qué hablas? ¿Quiénes son esos síndicos?— preguntó desconcertado Jacob.

El hombre no le respondió y Jacob sin pensarlo ya estaba de pie, pero viéndolo alejarse el instinto fugaz le exigió seguirlo. El hombre empezó a correr y Jacob trataba de ir a su paso sin perderlo de vista pero era rápido. Habían ya recorrido la zona que conocía y sin darse cuenta del tiempo había avanzado como para haberse

cansado y parado, pero seguía uno tras el otro, a la misma velocidad. Apartándose del lugar unos cuantos kilómetros, lo importante de no perderlo logró descuidarlo que yacían ahora en la parte más remota e inhabitada de la ciudad. El hombre aceleró y entró en un edificio abandonado y desapareció del campo visual de Jacob. Él entró en la edificación en busca de respuestas. Era un hotel. El *lobby* estaba sólo y desgastado: por el tiempo y la guerra, tenía la fachada destruida y una esencia de soledad que desgarraba los nervios.

Con un poco de obviedad se acercó al ascensor que estaba muerto y luego se separó para inspeccionar el lugar en búsqueda del hombre. Allí no estaba, vio detrás de la recepción y tras las puertas de emergencia, revisó la sala completa y no lo encontró. El edificio era tan alto como del que venía. Empezó a subir piso por piso y revisó cada habitación pero no lo encontró hasta que llegó a la corona del edificio; era una amplia habitación llena de ventanales, un par de baños sin agua y una cocina destartada que sin el polvo parecería un paraíso, pero el óxido y el tiempo lo carcomían todo. Revisó cada rincón pero no lo halló, y cuando se le nublaba la esperanza de encontrarlo notó un papel pequeño que reposaba pegado al espejo del baño marcando algo escrito: "todo se aprecia mejor desde las nubes", frunció el entrecejo y pensó.

Al buscar tan desesperadamente perdía de vista unas pequeñas patas paralelas que salían del techo de la habitación, hasta que se sentó en el suelo a pensar, "qué significará tal cosa" se preguntó mientras veía detalladamente cada cosa en el lugar. De pronto como un magneto sus ojos se posaron directo en aquellas patas y veía cómo un contorno se dibujaba de forma cuadriculada de una pata a la otra. Se levantó y cada mano acarició las patas de una madera vieja y decolorada que sólo le transmitía un asco tangible. Se sujetó mientras simultáneamente levantaba las piernas dejando caer todo el peso en la escalera que pronto el techo reveló; cayó y quedó sentado en los glúteos, miró hacia arriba y una luz naranja le cerró los párpados, eran los rayos de un sol opaco que se empezaba a ocultar tras la silueta de las montañas. Se levantó agitado y cada pie tocó un escalón hasta llegar a la azotea, el sol lo obligaba a tapar el brillo con la palma, y viendo entre los dedos logró observar la figura de un hombre sentado en el borde del edificio, observando hacia el horizonte, era el hombre al cual había perseguido desde su letargo hasta aquel sitio y con pasos lentos se acercó.

—¿Quién eres?— preguntó Jacob con los labios tensos.

Hubo un segundo de silencio.

—Eso es relativo, podría fingir ser cualquiera... aunque respondiendo tu pregunta creo que solo soy alguien igual a ti— respondió sin vacilar el hombre.

El hombre se levantó y caminó hacia una esquina de la azotea con la mirada fija en la puesta del sol.

—Deja de jugar y dime tu nombre.

—¡Ja! ¿mi nombre? ¿y eso de qué te servirá?

—Pues, no lo sé realmente.

—Ya lo ves, por eso se piensa antes de hablar, un hombre no se mide por su nombre, sino por sus acciones, pero sus acciones dan paso a que el nombre no se olvide, pues de otra manera no lo recordarás.

—Entonces dime ¿qué fue eso que gritaste allá en la ciudad?

El hombre se volteó y sus ojos viejos penetraron en la mirada de Jacob, se acomodó el gorro que llevaba y le respondió.

—Sólo un dato para alguien a quien le cuesta conseguir comida.

—Y supongo que pretendes que no pregunte de dónde sacaste esa información...

—Realmente me da igual lo que supongas, yo cumplo con ayudar —dijo el hombre en tono pedante levantándose del lugar—, ahora déjame pasar.

Caminó en dirección a Jacob y a la única salida que había pero él no lo dejó pasar. El sol ya se había ocultado lo suficiente dejando a la distancia un paisaje amargo y lleno de una niebla rojiza. Aquel hombre era un hombre lo suficientemente viejo para dar consejos sobre la vida, de unos pasados sesenta y cinco años, pero su figura y actitud lo hacían aparentar una cara sin arrugas. Empero, Jacob era un alma noble y su avidez de justicia para el mundo era tal que no lo dejaba dormir por las noches, convirtiendo el desvelo en un amigo infalible. El cuarto de siglo ya lo había alcanzado pero su camino era igual de joven que su forma de actuar. Jacob en aquel momento le exigió explicaciones sobre la obvia información que no tenía y lo enfrentó; con los ojos llenos de fuego le exclamó.

—¡Dime todo lo que sabes que yo no!— dijo Jacob con la postura de cien guerreros.

—¿Y qué ganarás con eso muchacho?— respondió petulante.

—Ambos tenemos la misma causa, tú lo dijiste. Quizá podemos ayudarnos.

El hombre dirigió con sus cejas inclinadas la mirada a Jacob, con el espíritu lleno de regocijo y le pidió que se sentaran ambos.

—Quizá deberías saber algunas cosas muchacho, ignoras cosas que son infalibles para cambiar este mundo— dijo con el extremo de la sonrisa arqueada hacia arriba. Yo viví en el mundo pasado muchacho, sobreviví a una guerra de segundos, viví los desprecios de la gente y las polémicas por cosas superfluas. Había cosas que el

humano no tomaba en cuenta por los malos hábitos inculcados desde el nacimiento, cosas increíbles que decidimos destruir. El mundo estaba dividido por regiones; los países. El objetivo de las personas era netamente material, los sentimientos los ocultaron en los cuerpos vacíos: de mente y alma; existían intereses del mismo tipo de por medio entre las naciones y por eso florecían las guerras, la descomposición social no fue culpa de aquellos intereses sino del afán por conseguirlos de aquellos hombres. La historia nos había contado que los primeros que quisieron gobernar el mundo fueron los que promocionaron vilmente la *religión*, y luego los sustituyeron los *políticos* con sus normas y leyes, pero todo era lo mismo, todos querían dominar el mundo con sus regímenes de poder y sometiendo a los pueblos ignorantes.

Jacob se acomodó mientras fruncía el entrecejo entre los relatos que a sus oídos eran entregados. El viejo lo miraba y continuaba.

—Tengo ya años que no veo a un animal en estos vastos desiertos de desolación y me recuerda claro el día que uno de los países anunció la rebelión, por no lograr un acuerdo mutuo ante otra nación por los intereses solicitados. Las bombas nucleares eran fatales, pero cuando yo tenía quince años habían diseñado una llamada *Nuke*, con sólo una de ellas era suficiente para acabar con un tercio del mundo, y ellos, los rebeldes, lanzaron dos. Ambas en direcciones opuestas, pero la reacción de aquella explosión unió la estela que desbordó las tierras y los mares. El mundo quedó peor en su instante que como tú lo ves ahora, pero hemos reconstruido algo, poco, en los años que han pasado. No sé cuántos habremos sobrevivido a la guerra pero sé que los que quedamos podemos hacer algo para que eso no vuelva a pasar.

Jacob tosió interrumpiendo.

—¿Y a qué te refieres cuando dices que tenemos la misma causa ante el mundo?

Constantine miró a las estrellas que decoraban el cielo negro de lo que ya era la media noche. Quedó pensativo unos segundos y exigió atención a los oídos de Jacob

—Entiende algo muchacho: las cosas han cambiado radicalmente y es un hecho irrefutable. El mundo fue invertido en casi todos los sentidos, ya no hay políticos ni reglas ni religiones ni nada por lo que sufrir o hacer sufrir, sólo nos tenemos a nosotros mismos y sé que la convicción de hacer un mundo distinto al de antes puede ser más grande que el ocio de los corazones corruptos que aún están allá afuera. En la lejanía de estas tierras hay un grupo, no muy grande, que quiere tratar de infundir el mismo estilo de vida anterior, donde las personas no tenían piedad y el odio los nublab; las personas que hablan en la plaza cada semana son parte de esta organización. Ellos quieren tener dominio de lo poco que queda y si no actuamos lo pueden lograr. Nosotros también estamos en ese plan, pero con un ideal distinto, queremos vivir en paz y recrear el mundo del las cenizas en que estamos, sin intereses, sin que la gente muera por hambruna o que seamos prisioneros de un destino indeseado y sé que tú piensas como yo.

Anonadado Jacob tenía la mirada perdida en la distancia, allá lejos donde se posaba la luna. Se paró y fijó sus ojos con más dirección que un león al cazar una presa. Despidió un suspiro que le vació los sentidos recordando con más vehemencia las historias de su madre y los ojos ahogados en casi lágrimas.

—No sé si sea precipitado —haciendo una pausa pensativa—, pero creo que estoy contigo— dijo Jacob.

Ambos de pie ahora y en la cara de Constantine brillaba una gran sonrisa.

—¿Cómo puedo confiar en ti?— preguntó Jacob.

—Más que pruebas te puedo ofrecer que sigas a tu instinto, puedes reconocer que no te miento.

Hubo una pausa.

—Sí, creo que tienes razón— respondió sin más.

—Es hora de que te vayas muchacho, iré a buscarte yo mismo en unos días. Pero promete que nadie sabrá lo que hemos hablado— dijo Constantine

—Soy una tumba— respondió Jacob con voz apaciguada.

El hombre entonces caminó, se detuvo y volteó.

—Mi nombre es Constantine Blumer.

Luego se fue.

Jacob tomó el mismo camino hacia abajo que cuando subió, ahora con un aire sombrío por la luz de la luna que era su única guía. Bajando los pisos a paso seguro notó en uno de los pisos que habían marcas en las paredes pero no lograba identificar realmente lo que era; se acercó un poco más y notaba que eran rayas pintadas que seguían un patrón. Eran palabras: “En la agonía que nadie asienta ante el falso poder de un rey sin corona, no importa en qué época sea esto leído”. Jacob quedó sosegado pero intrigado pues no conocía el significado de ello. Empezó a asociar todo, las historias de su madre, adhiriendo la conversación con Constantine y ahora esa frase. El corazón protestaba y las entradas del cabello tomaban su humedad. Empezaba a creer plenamente en la cohesión con que todo fluía y el fervor de su avidez por cambiar el mundo.

Siguió su camino y era la hora donde la noche era más oscura que nada, la luna ahora alumbraba con mucha más fuerza pero al salir de aquel hotel abandonado no recordaba el camino por donde había llegado, caminó unos metros a cualquier lado, no reconocía nada. Empezaba a lloviznar. Caminó algunos metros más y logró encontrar un refugio no muy grande pero mesurado.





La mañana había llegado lenta, con el rastro de una noche taciturna por la ausencia de la esencia de la naturaleza. Jacob no sufrió de un despertar lento ni cómodo pues un suelo duro y frío lo acogió en una noche que se hizo casi eterna. Salió del refugio y emprendió su camino a donde todo empezó, pero antes estaban las ganas de repasar un minuto el hotel una vez más. Estaba sólo a unos metros de él y subió rápido, subió al piso del epitafio en la pared y con admiración se preguntó quién pudo haber escrito tales líneas subversivas: "En la agonía que nadie asienta ante el falso poder de un rey sin corona, no importa en qué época sea esto leído" relejó lentamente. Estaba escrito con pintura normal, algo uniforme y pensó de nuevo quién pudo haberlo escrito.

Pronto el sol se empinó en lo alto más fuerte mientras su estómago se hacía notar, el hambre lo asechaba teniendo la necesidad de llegar rápido a su destino. Recordó lo que Constantine había dicho el día anterior cuando lo tumbó: "los síndicos dicen que por las noches hay quienes regalan comida" le pasó fugaz el recuerdo por la mente. Mientras se hacía paso entre escombros y zonas de ciudad que desconocía mantenía la vista atenta a algún regalo alimenticio que nadie hubiera tomado en alguna noche previa. Siguió el camino que parecía aflorar en su mente y detrás de una estructura metálica vio un bulto de tela, se acercó rápido y trató de abrir el nudo, no lo logró. Estaba bien amarrado, pensó en rasgar la tela con sus dientes pero pensó luego en que no podría llevarse el resto más allá de saciar su hambruna, si de comida se trataba.

Lo tomó por la punta y se lo encimó en el hombro, pero la carga lo obligaba a caminar intermitentemente. Pensó que entre el hambre y el peso no llegaría de día a la ciudad y decidió de nuevo intentar abrir el nudo. Veía continuamente estructuras metálicas incompletas y algunas despedían puntas filosas; se acercó a una, tomó el bulto y colocó el nudo en el saliente, lo haló con ayuda de la gravedad y el nudo se aflojó. Lo echó en el suelo y lo terminó de abrir con las manos descubriendo suficientes alimentos para varios días, y aunque no en variedad sí en cantidad. Comió lo necesario, aumentando su energía y disminuyendo el peso, haciendo mucho más fácil proseguir en el camino.

Montándose la carga de nuevo en el hombro notó indiscutiblemente el aligeramiento del peso. Siguió el camino que a medias recordaba en la corrida del día anterior y se pausaba para verificar la senda, lo difícil se fue pues el edificio donde vivía se asomaba a lo lejos. El sol empezaba a caer de nuevo y cada vez estaba más cerca. Entrando a la ciudad llegó cerca de aquel alto edificio y vaciló al caminar, "si alguien me ve con este bulto se me echarán encima", pensó. Trató de ser cauteloso y entró rápido. Subió algunos pisos, no hasta la corona, pero sí hasta un punto medio. Dejó el bulto en el primer espacio de suelo que vio y se tiró en el piso a descansar. El crepúsculo atravesaba las ventanas con violencia, con un color naranja que sentía perturbante. Se colocó de pie y se asomó, veía siempre lo mismo: los techos, las gentes, la plaza, las montañas desnudas del verde ropaje. Enfocó su vista en las personas. Sintió culpa, de esa culpa que te arropa de pie a cabeza y te hace sentir avergonzado. Lo sentía por su acto anterior, por el pensamiento egoísta que tuvo frente a la realidad de las personas ávidas y desahuciadas.

Recogió el bulto colocándolo en una semi cama que ahí había, y lo usó como almohada al acostarse. Pensaba. Imaginaba. Recordaba lo que había hablado con Constantine y que regresaría por él en unos días, pero el no saber cuándo lo ponía ansioso. El sol ya no se veía y los párpados por la aventura se cerraban lentamente por intervalos hasta que se cerraron y soñó:

—¿Dónde estoy?

—...

—Algo oigo... Se escucha lejos... como un rumor.

—...

—¿Qué es....?

—... ¡Rápido! ¡Levántate, la guerra empezó!— gritó la madre a Jacob despertándolo.

*Se levantó rápido, aún con lagañas en los ojos mientras era jaloneado por la madre. Él no entendía nada, pues cuando la madre lo despertó seguía medio dormido. Corrieron fuera de la casa, el tv proyectaba aquel profundo vacío de puntos negros y grises. Temblaba la tierra. Subieron al auto y la madre con el volante en las manos encendió el motor. Jacob veía el cielo, era como el crepúsculo de todas las tardes pero en un medio día y expandido hacia el horizonte y más allá. Los aviones planeaban bajo, y la gente corría desesperada por todos lados.*

*El auto con la nariz en la autopista principal de la ciudad llegó a ciento cincuenta kilómetros por hora en veinte segundos. Iba directo al bunker del estado. Llegó rápido, el bunker estaba en el centro de la ciudad. La gente estaba aglomerada en el asfalto y la madre tuvo que detenerse, se bajó del auto sacando al hijo por la misma puerta a trompicones. Lo tomó en sus brazos cual pareja recién casada, y cada vez temblaba más pero la madre no se dejó, corrió al complejo de seguridad máxima y se adentró en lo más profundo.*

*Estaba oscuro, el complejo era como una coraza metálica arropada por la superficie bajo un alto edificio. El rumor regresaba a los oídos de Jacob. Había miles de metros bajo aquel edificio que los protegía del exterior. La madre apretaba al hijo tan fuerte contra su pecho que lo aporreaba levemente. Seguía temblando y cada vez más fuerte. Las partículas de tierra caían en conjunto al sonido de explosiones desde lo alto de aquel complejo y la madre lo apretaba más.*

—Tengo miedo mamá— dijo Jacob con la voz quebrada.

—Todo estará bien hijo, lo prometo— dijo la madre con el hijo en el abrazo.

—¿Vamos a morir?

—No digas eso, todo va a estar bien...

El sueño pronto se disipó, Jacob se levantó de golpe sudando. Se sentó en el lateral de la cama tomándose la cabeza con ambas manos y los codos apoyados en la boca de las rodillas, “sucedió otra vez”, dijo por dentro. Se levantó sediento y ya era de día. Ya no tenía agua. Abrió el bulto y con agilidad sacó unas naranjas que tenía, las colocó arriba y exprimió dejando derramar el jugo fresco en la boca seca. Luego escuchó una voz de lejos que lo llamaba —¡Jacob!—, gritaba la voz desde afuera. Se asomó y lo vio, era aquel que había crecido con él luego de la guerra. Florence Salvin no era mucho mayor que Jacob, sólo tenían algunos meses de diferencia. Jacob bajó a la calle y lo hizo entrar apurado, luego subieron.

—Florence— dijo Jacob con tono de una alegría imprevista.

—¿Qué pasa? Te noto extraño— respondió él.

—Sólo me alegro de verte, tengo algo que decirte.

—¿Qué tienes? —dijo Florence sentándose—. Estás distinto. Hace dos días te busqué aquí y no estabas.

—Es una larga historia que contar, pero creo que ahora no será su momento.  
¿Para qué me buscabas?

Se levantó de nuevo de donde estaba y se acercó a la ventana, recostado del marco.

—Me enteré ayer que hoy se reunirán en la plaza los de siempre.

—¿Cuándo será eso?

—Supongo que en algunas horas —frunciendo el entrecejo—, no estoy seguro.

—Bueno, será mejor que estemos ahí para ver lo que pasará.

### III

Con algo de comida ya en el estómago decidieron irse. El camino a la plaza no era largo, y al encontrarse de buena voluntad llegarían en segundos. Cuando llegaron la muchedumbre era notoria y con aire de creces. Cada uno se hacía su camino entre la multitud que dificultaba el paso y se acercaron casi al centro de la plaza.

Aquella plaza era grande, con casi cien metros de diámetro, hexagonal y llena de asientos hechos con madera y cemento, los faroles en cada esquina sin funcionar y el murmullo de todos quienes se conocían. Justo en el centro donde a ras de suelo se posaba una especie de rejilla, parecía un punto de reunión para la horca con diferencia de que no había ningún patíbulo, pero siempre que aquellos hombres se reunían parecía que fueran a condenar a alguien. Jacob no se acomodó junto a Florence, tenían algunos metros de distancia y esperaban con ansiedad aquella ponencia demagógica.

Jacob sabía ya de qué se trataba todo si es que el viejo Blumer no le había mentido, y empezaba a pensar en qué haría con respecto a los hombres una vez que todo hubiera concluido. No tenía ningún plan salvo el de seguirlos ya que siempre que todo finalizaba, desaparecían y no volvían hasta luego de siete días. Tampoco era el momento de contarle lo que él ya sabía a Florence porque el impulso de odio sería imprudente de su parte y las cosas no terminarían bien. El sol bajaba más rápido de lo habitual, y el oscuro ocaso obligaba a la gente a encender antorchas y mantenerse atentos. Jacob empezaba a dudar si los hombres realmente irían esa noche. Compuso lentos pasos dirigiéndose a la otra esquina.

—¿Estás seguro que es hoy?— preguntó Jacob inquieto.

—No lo sé, tú bien sabes que nunca son siete días en punto— le replicó Florence casi en un susurro.

—¿Quién te dijo que era hoy?

—Nadie concretamente. Ayer lo que oí fue de la gente de la ciudad cuando fui a buscar comida.

—Seguro no vendrán, nunca vienen tan tarde y ya oscureció del todo.

Se alejó y volvió a su lugar con las piernas ya un poco fatigadas de tanto esperar. Se recostó del suelo y un fugaz pensamiento le atinó a la cabeza. Se levantó casi flotando de lo rápido, y tomando a Florence del antebrazo lo sacó del lugar. Había llevado la bolsa de la comida y dentro había colocado dos varas de madera, para el fuego. Encendieron las antorchas con el contacto de la de alguien más y partieron al edificio. Tan rápido como llegaron se fueron. Al llegar, las antorchas aún seguían encendidas. En cada piso Jacob había logrado instalar un sistema de iluminación arcaico pero efectivo. Cada piso tenía dos antorchas incrustadas en los extremos de la escalera hacia el piso siguiente, y la luz se mantenía perenne gracias a una mezcla de azufre y cal.

Aquella mezcla la había aprendido de un anciano que en su adolescencia le enseñó suficiente como para sobrevivir una prolongada odisea. El fuego que se mantenía infinito se lograba a través de rocas volcánicas y piedras; si las chocaba con suficiente fervor conseguía una buena cantidad de cada cosa. Aquellos materiales los conseguía lejos de la ciudad donde solía haber un alto volcán, aquel que había

quedado convertido en sólo roca volcánica luego de una erupción que había tenido lugar hacía años atrás. Encendieron todas hasta llegar arriba y en la habitación del punto medio del edificio posaron las suyas. Jacob se sentó en la cama al tiempo que lanzaba un suspiro. Miró a Florence de reojo que se sentaba recostado de la pared y tosió. Desde la ventana se veían a lo lejos las pequeñas porciones de luz que alumbraban el suelo de la plaza esperando aún por los hombres. Y Jacob ya con una seguridad infalible de que no vendrían pensó que tendría tiempo —al menos hasta el día siguiente— de explicarse con Florence y planificar algo para la venida de ellos.

—¿Qué pasa Jacob? No te oigo suspirar así desde hace un buen tiempo— empezó él.

—Son esos hombres— dijo Jacob con los ojos en la luz del fuego.

—¿Qué pasa con ellos?

—Yo sé lo que tienen pensado. Sus visitas no son coincidencia.

—Explícate, no te comprendo.

Jacob se levantó y se colocó en el piso frente a él.

—Por eso no me encontraste hace dos días aquí Florence. Ese día me enseñaron las consecuencias de lo que pasará si no nos volvemos más precavidos.

—¿Más precavidos?

—Escucha lo que te voy a decir y escúchalo bien. Hace dos días tuve un encuentro con un anciano. Primero tuve que seguirlo porque huía de no sé qué. Cuando logré alcanzarlo y hablamos, este hombre, Constantine, me dijo que luego de la última guerra se estableció un grupo de personas que quieren hacer del mundo que quedó, el mismo sistema de vida que antes de ese tiempo. Pero tanto tú como yo sabemos cómo era ese mundo, lleno de odio y vicios, abundante infelicidad en cada esquina y matándose por cosas banales. Y estos hombres que vienen a esparcir la palabra de un *mundo lozano*, *un mundo nuevo*, son parte de esta organización. Él me dijo que también tiene un plan en mente, pero distinto; un plan que discrepa en todos los sentidos de estos lunáticos. Y luego de todo eso dijo que vendría por mí en unos días.

Con cada palabra Florence se asombraba más y la cara le empezaba a cambiar. Interrumpió a Jacob en un sobresalto del recuerdo aún fresco.

—Ahora entiendo por qué la gente estaba hablando sobre un tipo que nadie había visto nunca, que lo vieron correr por la ciudad y era perseguido por otro hombre igual de extraño.

—Éramos nosotros.

—No. Él debió haber sido perseguido por otro hombre, porque de otra manera hubieran mencionado algo sobre ti. Esta ciudad no tiene mucha gente y nos conocen.

—Pero cuando me topé con él no vi a ningún otro hombre.

—Seguro por la adrenalina no te percataste y luego lo perdieron cuando se alejaron de la ciudad.

—¡Eso no importa ahora, tenemos que pensar qué hacer cuando estén aquí esos hombres!— expulsó Jacob con intensidad.

Ambos quedaron sosegados unos minutos con intervalos de mirada. Y continuó Jacob.

—¿Recuerdas la primera vez que vinieron?

—Con claridad. Las palabras infundían incluso un aire de esperanza y confianza.

Recordó Florence con la mirada perdida en el fuego:

*El día monótono no era otra cosa que salir a buscar comida para continuar subsistiendo. Aquella ciudad no era muy grande y la mayoría de las personas se conocía por tantos años ya de estar allí, exceptuando la gente que vivía en terrenos más alejados. Algunos lograban extraer alimentos de tierra fértil que quedaba y que por alguna razón crecían por pura naturaleza cosechas de alimentos variados. Jacob y Florence tenían ya tiempo de conocerse o al menos eso era lo que recordaba él. Los años habían pasado rápido y crecieron juntos ayudándose en cada día. Florence creció junto a Jacob y la madre de él pues no había tenido la suerte de que sus padres sobrevivieran a la guerra.*

*La plaza de aquellos años no era muy distinta a la de su actualidad, pero era la misma donde presenciaron la llegada de los hombres. Por esos días ellos ya habían dejado la adolescencia atrás por unos cuantos años pero no tenían claro lo que había pasado más allá de las historias de la madre de Jacob. El día que llegaron concebía nubes de una oscuridad profunda y pobladas hasta los horizontes, no había rastro de cielo azul por ningún lado de la cúpula atmosférica que los acogía. Jacob estaba lejos en la zona volcánica recogiendo en vastas cantidades las rocas y piedras con la idea del fuego en su mente. Al terminar y antes de dirigirse a la ciudad posó la vista en el cielo que sólo daba indicios de lluvia y cuando finalmente decidió irse fue cuando se sorprendió al ver volar una paloma blanca de la punta del volcán y perderse entre las nubes.*

*Pensó que había alucinado porque nunca había visto cosa semejante y fue que se le ocurrió no decirle a nadie y que no lo etiquetaran de loco. Quizá si lo comentaba*

sólo le creerían los ancianos —cuyos ojos eran los únicos que habían visto animales antes de la guerra y por ende serían los únicos en entender aquello— pero por la vaguedad de pensamiento de esa vejez descartó enseguida la idea. Marchó hacia la ciudad omitiendo lo anterior y llegó en poco tiempo. Estando al borde de la ciudad lo primero que a lo lejos distinguió fue la silueta de su amigo Florence. Iba corriendo en dirección a él. Lo tomó del brazo y haciéndolo entrar a la ciudad con gran rapidez soltó el cargamento de rocas, ayudando también la incomprensión de la situación.

—¡Ven rápido a la plaza!— Le dijo Florence sujetando su brazo.

—¿Qué pasa?— Respondió él atónito.

No le dio explicación y lo llevó directo a la plaza. Al llegar estaba toda la gente aglomerada en torno al centro. Allí yacían tres hombres con una rara vestimenta de color negro y hablando sobre la situación en la que se encontraba el mundo. Desgraciadamente ya habían perdido parte del discurso.

—...Por eso hemos llegado al punto de la necesidad de que todos ustedes reciban la palabra que nosotros les otorgamos y empiecen a pensar como nosotros —decía el anciano del medio. ¡El mundo quedó destruido por nuestra propia culpa, y somos los responsables de levantarlo otra vez! Por eso insistimos en que debemos construirlo juntos y en pro de una vida más fácil, esparciendo las ideas constantemente y que razonen sobre esto. Vendremos y los ayudaremos, todos los días verán el progreso del mundo que nos espera, el mundo lozano.

La multitud estaba perpleja. Nadie sabía a dónde mirar más que a los ancianos. Todos susurraban entre ellos y les transformaba la cara por una esperanza de cambio. Aquel día ya era casi noche y los tres hombres caminaron. Simultáneamente se dirigieron fuera de la ciudad y perdiéndose entre la aglomeración nadie los volvió a ver. Cada semana entre intermitencia llegaban otros, de a tres pero más jóvenes a decir la repetida consigna. Y fue así como revivió el recuerdo en retrospectiva.

Ya era tarde y el fuego de la habitación empezaba a cesar. Jacob se levantó.

—Dos cosas me mantienen intranquilo de todo esto.

—¿El qué?— respondió Florence permaneciendo en el suelo.

—Desde aquella vez no ha habido ningún cambio más que los que nosotros hemos hecho en esta ciudad.

—¿Y lo segundo?

—No sé por qué precisamente Constantine me lo dijo a mí.

Se tomó la cabeza con las manos. Florence lo miraba fijo. Y continuó.

—Hace dos días cuando tuve el encuentro, me dijo que sabía que yo pensaba como él, pero... ¿cómo sabe quién soy?

—No lo sé, pero no desesperes, que lo mejor será esperar que regrese.

—Creo que ya no confío tanto.

Se levantó Florence y ambos observaron a través de la ventana. La gente se había ido. Se separaron de la ventana y comieron algo rápido, ya sólo había comida para un día más. Florence se fue y Jacob quedó sólo en la habitación, echado encima de la cama, con los ojos luchando contra la gravedad hasta que cedieron ante la noche.

#### IV

Jacob y Florence se pasaban las horas trabajando en algún plan para cuando regresaran los hombres apologistas. Los días pasaban lento y la incertidumbre se apoderaba de ambos al no saber qué había pasado con Constantine, pues ya había sido tiempo desde su encuentro en aquella alta torre.

Se juntaban en el edificio donde residía Jacob. Habían instalado una amplia mesa en el centro de la habitación principal y la habían llenado con papiro viejo para escribir, logrando anotaciones con el grafito que soltaban algunas piedras recogidas.



—Repasemos lo que tenemos hasta ahora— dijo Jacob.

Habían hecho tantos planes que no recordaba cuáles habían tomado como los más serios para ejecutar.

—Sólo hay dos planes que podrían resultar— replicó dubitativo Florence acomodando los papeles. El primero es abordar la situación de los apologistas de forma ofensiva, atacar a uno, secuestrarlo y hacerle algún tipo de interrogatorio para que de alguna manera delate a la cabeza.

—¿Y qué pasa si sus compañeros intervienen para defenderse? ¿o si no logramos hacer que hable luego?

—En cualquiera de los dos casos, hable o no hable, lo tendríamos que mantener secuestrado por el bien de ambos.

—Lo que tenemos que pensar es en obtener información sobre sus planes. Y si no habla no podremos proceder de ninguna manera.

Jacob se paró un segundo y respiró hondo.

—¿Y el segundo plan?

—La otra alternativa es esperar que terminen el discurso y seguirlos sin que nos vean, hasta llegar a su punto de reunión. Luego tratamos de recoger la mayor cantidad de información posible sobre sus planes y regresar para ver cómo podemos evitarlo.

—Eso suena más factible, ya sabríamos al menos dónde residen.

—¿Es el plan final?

—Si tienes una idea mejor quisiera escucharla— expresó de forma hostil.

—Sé que estás tenso, pero lo único que podemos hacer es esperar a que regrese. Jacob se levantó del lugar y empezó a caminar alrededor con las manos entre cruzadas por encima de la cabeza. Caminaba lento y hacía pausas, veía el techo, por la ventana, miraba a Florence y seguía dando vueltas por la habitación. Se mantenía pensando en todo. Se mantenía tenso. Se acercó a donde estaba la comida y terminó con lo que había.

—Hay que buscar más— soltó con aire sarcástico.

—Si buscamos alrededor por las zonas alejadas separándonos, capaz encontremos algo.

—Aprovechemos, la última vez la comida apareció en la noche.

Hacía unas horas que el sol yacía oculto y el hambre con creces los empezaba a abrumar. Ambos tomaron un par de viejos sacos empolvados y se los colocaron encima, pasarían desapercibidos si alguien los veía. Nadie solía salir por las noches ya que nada había que buscar. Salieron y tomaron rumbos distintos. Izquierda y derecha respectivamente a partir de aquel edificio.

Jacob tomó por la izquierda hacia la misma dirección donde había encontrado el bulto de comida. Se alejó rápido volteando a todos lados. Vio a Florence alejarse igual por el extremo opuesto. Siguió su rumbo pensando en Constantine y en el plan, en si fallaba, en si lograrían algo realmente con todo aquello. Se esfumaron los pensamientos turbios y se concentró en el camino para recordarlo y reconocerlo mejor. El frío lo ayudaba a andar con más fuerza en un intento de mantenerse caliente. Después de un rato logró llegar sin preámbulo a la zona. Aquello era como una ciudad fantasma, no había nada más que estructuras de metal salientes y vigas oxidadas.

Caminó en círculos en un radio de cincuenta metros observando todo, sus ojos ya se adaptaban a la luz de la luna. No conseguía nada, no notaba nada relevante. Siguió más allá del hotel donde tuvo el encuentro. Las calles parecían más cerradas. Con cautela se fijaba al pisar. Proseguía con los nervios de punta hasta el final, y hubo un vacío dentro de él. No había nada más allá de las estructuras. Era como un desierto de tierra y más allá luego de miles de kilómetros sólo se distinguía la línea del horizonte. El cielo barrido de nubes era de un azul marino opaco con puntadas blancas por los destellos de las estrellas. Y siguió caminando esperando ver que algo apareciera a la distancia.

Parecía caminar en vano y lo único que lograba era ver más lejos la corona del hotel. Notó de frente que la oscuridad se volvía más que absoluta y en el descuido y la distracción resbaló, casi cayendo por un precipicio, pero logró tomar figura de la tierra bajo su cuerpo y se recompuso de inmediato. Se acercó con cuidado y observó. Aquel abismo no tenía fin, hacia abajo ni hacia los lados. Parecía una línea divisoria infinita, como una superficie cortada con un cuchillo, o una isla donde no se viera el mar.

Aquello sólo tenía una explicación: las bombas atómicas. Aquellas explosiones nucleares habían dejado espacios en la tierra de todo el mundo vastos kilómetros de nada, la nada era lo que él veía. En eso pensó Jacob con el corazón agitado. Se volteó. Sentía la oscuridad detrás de él y tuvo que devolverse, pues más allá no había nada que buscar. Al fin y al cabo no había logrado encontrar lo que buscaba. Trató de darse prisa y el corazón no le descansaba. Empezó a trotar y los nervios se agudizaban, recordaba y graficaba las imágenes en su mente de las historias de su madre. El sudor caía, y él, cansado, continuó con una lenta caminata.

Sentía que no podía más, por el susto y por el cansancio. Se sentó en el suelo apoyándose en sus rodillas y tomaba intensas bocanadas de aire. Luego de un rato se calmó. Miró hacia arriba y la luna estaba en el centro del cielo. El saco estaba mojado, estaba frío; se lo quitó y lo dejó al lado en una pequeña roca; esperaba que la brisa lo secara un poco. Luego de un rato, cuando notó que la luna se había corrido un poco se propuso terminar de regresar.

Florence en la otra dirección ya había caminado suficiente sin encontrar nada tampoco. En su camino halló trozos de madera, rocas y algunos viejos edificios que nada contenían más allá del polvo y el moho. Caminó por horas con interrupciones para el descanso. En una de las pausas notó que a lo lejos se encontraba una alta montaña, “quizá cerca encuentre algo útil”, pensó. Se propuso llegar a pesar de la fatiga. En un momento sintió que se desmayaría pero siguió. Ese era el pan de cada día.

Aquella montaña era la cresta volcánica donde Jacob recogía el azufre y el cal para la preparación de sus antorchas. Florence nunca había estado allí y subió un poco con pausas más prolongadas deteniéndose a fijar bien el camino. El suelo era grisáceo y el olor a pesar de los años se mantenía casi tangible. Siguió por la pendiente y evitando algún tropezón logró llegar a la cima. El clima se agravó por mucho desde que había salido. Se apretaba el saco contra la piel y el frío se concebía helado por el calor del cuerpo. Lanzó la mirada de frente primero. Vio la circunferencia de la boca del volcán. Vio a lo lejos una nube negra total debajo de un abismo infinito, pero no entendía, no deducía. Se tambaleó y buscó con sus ojos lo que había ido a buscar. No encontró nada, recordó algo, y lo dejó pasar.

Bajó tan rápido como pudo y a trompicones. La sombra de la montaña lo cubría de pies a cabeza y la luna detrás de ella permanecía escondida. Detalló lo que pudo, seguro de día lo reconocería todo. De pronto escuchó un chillido y un aleteo. Se tensó por la inseguridad de no saber lo que era. Subió el mentón y de la corona del volcán vio como algún ave planeó hacia su este y se perdió en la oscuridad del cielo.

Perplejo por el hecho se quedó inmóvil. No sabía lo que había visto. Pensó todo y nada llegaba a su mente, ninguna respuesta. Pensó que quizá tuvo una alucinación por el estado de cansancio que tenía, pero no lo descartaba del todo. Se decidió luego de algunos minutos a caminar de nuevo. El ave y aquel abismo lo tenían distraído del camino pero iba bien. Se enfocó en llegar y decirle a Jacob pero iba lento: tenía que pararse a descansar. Ambos habían conseguido el mismo resultado.

¿Y cómo podía realmente saber que el ave no era una alucinación? O de serlo cómo evadir ciertas preguntas que quedaban en el aire, preguntas a las cuales no se les podía concebir respuesta por no tener manera de relacionar nada. Él no tenía idea de nada.

La luna casi desaparecía en el horizonte. Ya se empezaba a apreciar la línea amarillenta del amanecer. Logró llegar a la ciudad. A la entrada veía como una serie de luces en movimiento. La gente estaba alrededor de la plaza y no entendía el porqué. Caminó rápido y llegó al centro, había una plataforma de madera con banderas negras a los costados y antorchas en las puntas. Caminó entre la multitud y se topó con Jacob en una esquina. Entre las personas había hombres vestidos de negro igual a los apologistas.

—¡Aquí estás, pensé que no habrías vuelto aún!— le dijo Florence temblando.

—Mira allí, hablarán en cualquier momento, recuerda el plan— respondió Jacob con frivolidad.

—¿El plan? Esto no es como lo planeamos, mira a tu alrededor algo va a ocurrir, no es como antes.

—Sólo quédate cerca y cuando se vayan los seguimos.

Ambos en la esquina observaban a la gente angustiada e inquieta, todo era distinto, era más tétrico. En la plataforma apareció un hombre con la cara arrugada, era el mismo que hizo la visita por primera vez, años atrás, cuando ellos apenas pisaban las puertas de la adultez. Uno de los hombres se acercó con una silla, la colocó y el anciano se sentó. En el centro de la plataforma con un gesto de reverencia al público se manifestó con calma.

—Que comience el acto de beligerancia— subió la voz, riendo con soberbia.

Subió otro hombre a la plataforma, aquel llevaba una máscara negra y un alto sombrero.

—¡Que proceda el CFB!— indicó imperioso levantando las manos.

Los hombres de negro que circulaban entre la muchedumbre se movieron rápido detrás de cada persona. Los tomaron de los brazos y cuellos y los dejaron inmóviles. Jacob y Florence forcejearon.

—Que ninguno hable —dijo el enmascarado. Esta es la revolución del nuevo mundo...

Jacob creyó reconocer la voz pero quedó sosegado con las manos forzadas atrás.

—Con tanto esfuerzo por conseguir la paz —prosiguió—, tantos años desarrollando la invención de proyectos para conseguir el cometido, y por fin todo ha concluido. Es el principio de un ciclo nuevo, una era nueva.

Se quitó la máscara y Jacob lo miró a los ojos. Era Constantine.

El grupo de hombres denominados CFB trasladó a algunos al frente de la plataforma, incluyendo entre ellos a Jacob y Florence. Constantine lo miraba sonriente a los ojos con la máscara en la mano. Era mutua la mirada, y nuevo el odio que Jacob había desarrollado en instantes hacia él. Pero inmutado fue víctima de la orden de su opresor.

—Todo acabó— exclamó

Los ojos solo pudieron ver la oscuridad posarse en su rostro, con la capucha cubriendo su cabeza y sumergido en la cólera

## V

Una luz blanca fue lo primero que atinó a los ojos de Jacob cuando despertó. El dolor en la cabeza como el de una resaca le agitaba los sentidos y no sabía dónde estaba. No tenía fuerzas para levantarse y su esfuerzo por recordar le agravaba el dolor. Tenía destellos de los últimos actos en su mente. La cama era suave y la luz muy brillante. Se trató de levantar pero no lograba el más mínimo avance. La habitación estaba vacía, sólo llena por una cama vieja con la tez de sus sábanas

reluciente, como una cama de nieve. Le costaba respirar el aire denso del lugar y no percibía distinciones de temperatura.

Trataba constantemente de levantarse hasta que logró sentarse en el lateral de la cama que daba cara a la puerta. Escuchó un murmullo.

—...Los psicoanalistas dicen que aún no está listo— murmuró una voz.

Se alertó pronto por el ruido, no pensó estar cerca de nadie. Se acostó escuchando los pasos que se acercaban, que cesaban, que se alejaban de nuevo. Segundos de silencio, no pasaba nada. Se sentó y meditó, “qué será este lugar, no puedo estar lejos de la ciudad”, pensó. La incertidumbre se acrecentaba cuando los recuerdos le llegaban lentamente a la memoria. Lo que más recordaba era la capucha en su cara y la luz al despertar.

Se levantó y revisó el lugar. Tocó las paredes intentando casi sentir algo más allá que los propios muros. Observó bajo la cama, sin encontrar más que las patas que la sostenían. La puerta tenía una ventanilla. Miró a través de ella y sólo vio un largo corredor a ambos lados luego de la puerta. Empezó a azotar la puerta con sus palmas.

—¿Dónde estoy?!— gritó elevando la voz con desasosiego.

No hubo ni un ruido como respuesta, además de un eco leve que chocaba rebotando contra las esquinas de la habitación. Siguió golpeando la puerta unos segundos. Nada pasaba. Se acostó de nuevo para sentir el sueño dominante. Se levantaba con intervalos y miraba alrededor, observando y esperando que algo pasara. No tenía noción del tiempo, no había manera de saber si era de día o de noche; e intermitentemente escuchaba voces que provenían del exterior de la habitación, notando que yacía encerrado.

Sonó un crujido... Abriéndose la puerta...

—Hola Jacob...— dijo una voz bañada en calma.

Entró un señor mayor, con ropaje blanco —como todo en su alrededor— y cerró la puerta despacio.

—¿Quién eres?— respondió Jacob desentendido.

—Me llamo Arthur Bergman —elevando un poco la voz. Te he atendido en los últimos días.

—¿Atenderme? ¿De qué?

—Verás, pertenezco a un grupo de psicoanalistas que se encargan del desenvolvimiento de las personas que son traídas hasta este lugar, debido esencialmente al trastorno psicológico que normalmente sufre una persona al ser

sacada de su hábitat. Pronto y poco a poco empezarás a entender todo Jacob. Pero por lo pronto debes ser sometido a pruebas para saber cómo te encuentras.

—Arthur, dime ¿qué es este lugar?

—Eso no me concierne a mí decírtelo Jacob.

—¿A quién le concierne?

—Eso tampoco me concierne decírtelo. Cuando tengas que saber sobre todo este lugar y las razones del porqué estás aquí vendrá la persona indicada para eso.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Unos días.

Jacob quedó confundido, pero tranquilo, había algo que lo mantenía sosegado. Arthur salió de la habitación un momento y regresó enseguida con una carpeta llena de papeles y una silla. Se sentó, cruzó las piernas y levantó la carpeta, Jacob dirigió su mirada directo a ella.

—Te haré unas preguntas y responderás de la manera más espontánea posible, mientras menos pienses las respuestas es mejor y será más rápido ¿entendido?

—Entiendo —dijo con la mirada en la carpeta.

—¿Qué sientes justo ahora?

—Inseguridad...

—¿De qué sientes inseguridad?

—De todo.

—Sé un poco más específico.

—No se puede confiar en nadie.

—Entiendo— dijo el viejo anotando en los papeles con una pluma.

—¿Qué opinas de este lugar?

—¿Cómo pretendes que responda eso si ni he salido de aquí?— respondió

—Buen punto

Hubo una pausa.

—¿Extrañas algo?

—No... no lo creo... mi madre murió hace mucho ya.

—Vas bien Jacob, sólo necesito dos preguntas más y podrás dormir otra vez.

—¡No quiero dormir, quiero que me saquen de aquí!— dijo esfumándose enseguida la calma que había en sus ojos.

—Tranquilo, vamos con calma... —respondió él colocando una jeringa en su pierna, inclinándola para que él la notara. Sólo dos preguntas y estarás sólo.

—Responde tú mis preguntas...— exclamó desafiante sin importarle la jeringa.

—No puedo Jacob. Aquí todos tenemos una tarea, y esa no es la mía. Trabajo para curar tus males psicológicos, si me salgo de la línea, me meteré en problemas. Sólo responde mis preguntas.

—No, no lo haré.

—Tú mismo te haces esto.

Arthur salió de la habitación llevándose consigo la silla y cerrando la puerta. Jacob en la cama lo vio alejarse y desaparecer. Pronto sólo se escuchaba el silencio. Sentía las paredes más cerca, sentía el aire más denso. Se levantó y caminó por la habitación de una esquina a otra pensando qué hacer; nada surgía ni resurgía de su mente. En un segundo la luz; y en otro la oscuridad se apoderó de su alrededor, el aire con un aroma distinto y luego en el piso con los ojos cerrados, desmayado.

Despertó en la cama, y a su lado Arthur.

—¿Qué sucedió?— preguntó Jacob con tono sumiso.

—Llenamos la habitación con gas somnífero para hacerte dormir. Al final si dormiste —dijo riendo. Tengo que terminar la prueba.

—Está bien— dijo medio dopado.

Terminó el cuestionario que se extendió a ocho preguntas más y al salir de la habitación primero introdujo un lienzo grande, pinceles y algunas pinturas de distintos colores.

—Esto es para que dibujes algo, eres libre de hacer lo que quieras.

Salió de la habitación y no apareció más. Jacob indiferente dejó el lienzo a un lado y se acostó mirando el techo. No sentía hambre ni cansancio, sólo sueño de vez



en cuando. Pasaban las horas sin poder calcular el tiempo y sin que la luz cediera; era como estar atrapado en un mundo paralelo. Se cuestionaba su estadía. Quizá era especial o quizá sólo era uno de muchos que habían secuestrado en la ciudad y estaban pasando todos por lo mismo. Notó, girando la cabeza, que justo arriba del marco de la puerta había letras, eran palabras; decía “CÁMARA DE RECOMPOSICIÓN”.

Se levantó de la cama y se acercó, las palabras parecían tener vida. Poseían un color azul brillante como si irradiaran luz. Luego se sentó de nuevo, confundido por la ausencia del hambre y cansancio, “ha de ser producto de estos hombres”, pensó. Se tumbó a lo largo en la cama y recordó aquel sueño que había tenido días antes en el edificio. Recordó a su madre, recordó las explosiones, el bunker y la salida.

Pasaron varios días desde que Arthur había intervenido. La calma en el desentendimiento de todo se agotaba con las horas, era como estar preso. Había recorrido cada milímetro de la habitación, de la ventanilla y de cada esquina de aquel lienzo con su mirada y con su paciencia y no lo soportaba más. Pero el principio de su desesperación se vio interrumpido por un nuevo crujido de la puerta. Pensó que era Arthur.

—Hola, Jacob— apareció Constantine bajo el marco y cerró la puerta luego.

—¡Tú! ¡Maldito!— gritó a punto de encimársele.

—Calma muchacho.

El mismo gas invadió el cuarto atontando a Jacob un poco, pero sin ponerlo a dormir. Constantine tenía una máscara que lo protegía.

—No he venido para esto —le dijo, bajo aquella toga negruzca que los representaba. El doctor Arthur me comentó que te surgieron algunas dudas, y pues su tarea no es responder tus preguntas, y lo entiende muy bien, pero al parecer tú no. Aquí todo es distinto, aquí todo tiene un esquema que debe ser seguido.

Jacob escuchaba bajo el efecto del gas.

—Quisiera hacerte entender todo, así que ven conmigo— le dijo abriendo la puerta.

Jacob lo siguió como si el gas lo hiciera obedecer sus órdenes y sin ninguna resistencia. Salieron de la habitación y caminaron hacia el pasillo de la derecha, era largo; al menos cinco minutos caminando hasta que llegaron a la puerta de un ascensor. Entraron y Constantine presionó el último botón de arriba. El ascensor subió y llegó a su destino, el piso más alto.

—Estamos en Nuevo Gran País —empezó mientras iban caminando. Todo lo que ves desde aquí arriba es lo que por años estuvimos construyendo para poder vivir luego de lo que ya sabíamos que iba a pasar.

Iban caminando por un pasillo de túnel con la superficie de cristal y se veía todo hacia afuera y hacia abajo. El edificio era la cumbre sobre todo lo demás. Llegaron al final de la estructura que sobresalía del edificio, como un puente sin otro extremo. Y observaron.

—Te preguntaré... ¿Cuando despertaste en tu habitación no sentiste un leve cambio en el aire que respirabas?— dijo Constantine.

—Sí, lo sentí más denso, más difícil de respirar— respondió atontado.

—Sí... estamos bajo tierra. Seis mil metros de distancia nos separan de aquí al mundo exterior. Pero al construir todo lo que ves, también pensamos en un modo de coexistir aquí abajo. Creamos un sistema de ventilación igual, o parecido más bien, al que se usaban en las minas de antes, que nos mantiene respirando a tanta distancia de la superficie terrestre. Como puedes ver, allá abajo hay cuatro centros especializados en algunas labores específicas; entonces hay cuatro tuberías que van desde la superficie de la tierra hasta aquí abajo proveyéndonos del oxígeno que necesitamos.

Jacob observaba y escuchaba mientras él hablaba.

—Incluyendo obviamente —prosiguió —, una extra que nos provee oxígeno al edificio central que es donde estamos ahora y una tubería industrial central que distribuye oxígeno a todo sitio que no sea dentro de ninguno de los edificios. En total son seis. Cada edificio tiene sistemas de iluminación y cámaras que mantienen todo bajo control, bajo nuestro control; nada se puede ocultar y nadie se puede esconder. Pero más allá de estas cinco estructuras creamos más edificios y más casas donde residen todas las personas que hemos traído aquí desde hace más tiempo del que tú tienes en este mundo.

—¿No querías un mundo mejor al de antes?— dijo Jacob confundido.

—Tenemos un mundo mejor, muchacho. Helo ahí ante tus ojos, es perfecto.

—Esto no parece eso de lo que hablas ¿Por qué tanto control?

—No puedes dirigir una sociedad sin control.

—¿Y no hacían eso los estados del pasado?

—Precisamente, muchacho, pero es distinto. Todos aquí trabajan para un fin común. Todos se desempeñan en una tarea y reciben el agradecimiento del estado en bienes, aquí no existe el dinero. No hay sueldos ni horarios, no hay bienes materiales superfluos, sólo los necesarios, trabajas bajo tu voluntad y

nosotros te damos lo que necesitas, luego sólo tienes que vivir hasta morir. Aquí nadie padece hambre, nadie padece sufrimiento.

—¿Bajo tu voluntad? Yo no estoy aquí bajo mi voluntad— replicó Jacob.

—No entiendes. Nosotros los recomponemos, los enseñamos, los inculcamos, los vinculamos al deber de su voluntad antes de empezar a desempeñar su tarea. Desde hace días te hacemos psicoanálisis para cuando estés del todo recuperado empezar con el tratamiento de recomposición.

—Mejor dicho, imponen la voluntad de cada quién.

Se paró detrás de él y lo tomó de los hombros.

—Como lo quieras llamar, muchacho. Al final, todos hacen lo que es mejor para todos. Todos cooperan y viven sin preocupación hasta morir. Y si no cooperas, o tu tratamiento sale mal, también tenemos un lugar especial para ti y los que son como tú.

Jacob no dijo más nada, Constantine lo devolvió a su habitación, y antes de partir le surgió la duda.

—¿Por qué no he muerto?

—Eres joven ¿habrías de morir tan pronto?

—Desde que estoy aquí no he ingerido un alimento o bebida alguna.

—Oh entiendo —dijo riendo—, cada habitación de recomposición se encarga de mantener a su huésped con buena salud. Un sistema intravenoso se inyecta en las venas de su respectivo huésped cuando duerme y le otorga todas las características para que su sistema inmunológico se mantenga perfecto. La tecnología que practicamos aquí es la misma que ofrecían los estados antes pero sin restricciones o limitaciones, y sin tener que pedir permiso para su aplicación.

—¿Y luego de la recomposición?

—Ya lo verás muchacho, ya lo verás. De igual forma no entenderás todo esto en un día.

## VI

Todo aquello que se acomodaba bajo la tierra a seis mil metros de distancia era protegido y sostenido bajo una cúpula de cristal impenetrable; seis mil metros entre la ciudad y la superficie y dos mil metros entre el núcleo del edificio central y la corona de esa cúpula. Jacob en su habitación pensaba todo, Constantine

planeando su expansión, y todo lo demás trabajando como hormigas en su hormiguero.

Jacob no había pensado aún en Florence, el cual había sido capturado simultáneamente con él, pero no fue mucho tiempo para que eso pasara. El pensamiento surgió, “dónde estará Florence, en este edificio quizá”. No lo sabía y no lo podía saber. No podía salir, y si preguntaba probablemente le dirían que Constantine tenía todas sus respuestas, “lo estarán interrogando”, volvió Jacob a pensar.

Luego de un rato, dejó de hacerse preguntas que no lo llevaban a ningún lado. Trató de pensar una manera de salir de ese lugar; no pretendía ser una pieza más en aquel juego de Constantine. Estaban bajo tierra, seis mil metros de distancia del mundo donde vivió su vida entera, “de alguna manera salen para traer a las personas”, pensó de nuevo. Pero recordó que Constantine dijo que todo eso no lo entendería en un solo día, asumiendo que lo llevaría de paseo una o dos veces más para terminar de explicarle todo, pensando que sería la única oportunidad de encontrar una vía de escape.

Recordó la frase que le dijo, “nada se puede ocultar y nadie se puede esconder”, la cual atormentaba lo suficiente su mente como para no atreverse a hacer algo. Pensó y volvió a pensar, pero no podía planificar nada hasta tener un poco más de conocimiento del lugar. Tenía que saber cuántas veces iba a poder salir de esa habitación y recorrer algunos pasillos más para poder actuar.

Recordó a su madre de nuevo. Recordó lo que le enseñó. Su madre, Eveline Bellamy, había sido profesora de una universidad Inglesa durante más de veinte años antes de la guerra y enseñó bien a Jacob sobre el mundo. Le enseñó los bienes y los males. Enseñó las costumbres e ideologías. Sobre política y religión. Le enseñó sobre moral y ética. Y sobre muchas cosas que Jacob podía recordar con vehemencia. Cosas que no había entendido verdaderamente en un principio pero que ahora empezaban a tomar un sentido propio.

Doce años pasaron luego de la guerra para que su madre muriera. Murió débil y enferma, a causa de la radiación posterior de la onda nuclear. La cremó como ella pidió y luego guardó las cenizas en una bolsa de tela vieja.

Jacob despejó su mente e intentó dormir, esperando el momento en que la puerta se abriera. Y soñó por segunda vez:

*Un pasillo oscuro mostraba unas escaleras en frente que encaminaban hacia arriba. Empezó a subir. Imágenes empezaron a aparecer en los laterales de las escaleras, en las paredes, en el techo, por todos lados. Eran los rostros en cuadros de miles de personalidades que habían pasado ya por este mundo y habían dejado por lo menos una pequeña huella. En lo alto, al final de las escaleras, se veía una luz blanca a través de los orificios de una puerta cerrada. Siguió subiendo pero no avanzaba, era como si las escaleras se movieran en*

*dirección contraria. Algo esperaba tras la puerta escuchándose un rumor lejano, y luego más cercano. Logró subir. Se paró frente a la puerta y el destello salía por los bordes. La puerta estaba bajo seguro pero luego de intentar abrirla a la fuerza se dio cuenta que en su bolsillo tenía una llave. La insertó. Encajó perfecta y abrió.*

*Aquella era una habitación negra completamente. No entendía el anterior rayo de luz blanco. Revisó la habitación y había una cama, sólo una cama y un estante cilíndrico de madera en el centro del cuarto. Se acercó al cilindro, era negro en su totalidad. Encima había una hoja en blanco, la tomó y la volteó, seguía blanca, la volteó de nuevo, surgieron manchas negras, cada vez que la seguía tocando se manchaba más. Soltó la hoja y vio que sus manos estaban de un negro azabache y humedecidas. Se apartó del estante y se le resbaló varias veces la manilla hasta que pudo salir por la misma puerta, cerrándola con llave igual. Las escaleras no daban hacia abajo sino hacia más arriba.*

*Había más cuadros con las mismas caras ahora bañadas en negro. Empezó a subir más y más. El piso estaba manchado y resbaloso, se tambaleaba al subir. Trató de aminorar la velocidad de su carrera. Tomó la baranda del lateral derecho y subió con lentitud hasta que vio otra puerta; esta estaba abierta...*

Jacob escuchó algo y se despertó de golpe pero inmóvil y con su corazón galopando. Alguien se acercaba. Fingió que dormía y abrieron la puerta.

—Ven, te enseñaré algo— dijo Arthur.

Antes de salir notó el lienzo en blanco.

—¿Aún no has hecho nada con tu lienzo?

—No— respondió cortante.

—Tómate tu tiempo.

Salieron de la habitación y doblaron hacia la izquierda. Hacia esa dirección sólo había una puerta, igual de lejos que el ascensor del otro lado. Caminaron varios minutos y Arthur sacó una tarjeta de su camión blanco. Se paró frente a la puerta e insertó la tarjeta en una abertura. El pequeño bombillo encima de la ranura cambió su color de rojo a azul y la puerta se abrió automáticamente hacia un lado. Ambos entraron.

La habitación era grande y daba una vuelta en sí misma. En el medio había un tipo de mesón con una serie de pantallas y hombres sentados alrededor en sillas presionando botones lumínicos por todos lados. La impresión de Jacob fue sorpresiva pero permaneció concentrado en que debía mantenerse al tanto y fijarse en todo.

—¿Qué es todo esto?— preguntó sin vacilar.

—Esta es la SCM, Sala de Control Metropolitano —respondió sin más Arthur. Desde aquí los técnicos se encargan de que todo se mantenga en control.

—¿Se han salido alguna vez las cosas de control?

—Se han visto casos. Una vez, un tipo subió a la azotea del edificio central y amenazó con suicidarse si no lo dejaban irse a la superficie. Al parecer el lugar no le gustaba del todo. Independientemente del caso, una notificación automática llega a Constantine y él da la orden de cómo actuar sobre la situación, puede mandar a las CFA, o puede decidir dejar que la persona haga lo que quiera.

—¿Qué son las CFA?— preguntó Jacob.

—Son el Cuerpo de Fuerzas Apologistas. Son las encargadas mediante la lengua de tratar de convencer a las personas de un todo, con un nivel de 100 % en persuasión y 100 % en manipulación positiva.

—¿Y los que nos raptaron de la superficie?— frunciendo el entrecejo.

—CFB, lo que es igual a Cuerpo de Fuerzas Beligerantes. Ellos, al contrario, tienen la tarea de mantener las situaciones o encargarse de misiones mediante la fuerza y la violencia pasiva.

—Violencia pasiva, seguro.

—Fue lo que se les aplicó a ustedes para traerlos aquí, nada personal.

—¿Y murió aquel tipo?

—Sí. Constantine dejó que acabara con su vida.

—¿Cómo puedes estar de acuerdo con todo esto?

—Todo hombre tiene un precio, muchacho— dijo con expresión de lamento.

—¿Y la moral y ética dónde quedan? ¿Realmente crees que esto está bien?

—Ya es irreversible. La ética en Nuevo Gran País es creada y modificada por los hombres en beneficio del autor de todo el complejo. Casi cincuenta años tiene ya todo esto, ¿cómo pretendes que se cambie? Aquí las revoluciones no existen y todo registro histórico a favor de esos acontecimientos se esfumó con la guerra. Los únicos registros que tenemos son los nuestros: una amplia base de contenido sobre la evolución de esta ciudad subterránea.

—Quizá la guerra borró los registros físicos, pero tú y yo, y muchos, sabemos sobre eso, aquí —señaló su sien—, en la cabeza. La ética no puede modificarse. La ética es tan abstracta como el amor, es la reflexión acerca de las decisiones que toma el hombre con respecto a sus actos ante una situación. ¿Es posible que le hayan lavado el cerebro a todo el mundo aquí? Tú estás consciente, me lo estás demostrando.

—Sí muchacho —le lanzó con desespero bajando la voz—, pero todo hombre tiene un precio, acepté esto porque me dejarían vivir. Yo tampoco lo quería al principio, pero me ofrecieron ocuparme en lo que me gustaba y no eliminarme.

—Eres un cobarde, de eso se trata la ética, sobre morir por tus ideales, sobre no dejarte pisotear por nadie y sobre todo menos si sabes que sus actos son deshonestos.

—¡Cállate muchacho, te oirán! —dijo viendo alrededor—, mi tarea es hacerte cambiar de opinión, y lo haré. Ahora presta atención.

Jacob se le quedó viendo mortíferamente, y calló.

—Desde aquí —continuó mientras caminaba alrededor— se puede ver todo lo que ocurre en cada rincón de la ciudad, para eso están las cámaras. Cuando algo no está bien, se notifica al actor su interferencia con el sistema por un megáfono que posee cada techo de cada estructura.

Jacob notó que algunas imágenes se movían, y en otra notó que algo flotaba por encima de los edificios.

—¿Qué es eso?— preguntó.

—Esas son cámaras de intensificación. Tienen un sistema autónomo de vuelo y combustible y están programadas para recorrer todos los rincones de la ciudad por sectores cada una hora. La ciudad está fraccionada en sectores. Cada sector se encarga de una tarea en específico para el mantenimiento y evolución de su área. Igual que en el pasado los cuatro grandes estados: norte, sur, este y oeste, se encargaban de uno en específico y respectivamente, ahora están todos agrupados aquí en el Nuevo Gran País y funcionan en pro de todos sus habitantes.

Jacob miraba las pantallas y a los hombres trabajando.

—En total —continuó— son cuatro sectores: Abastecimiento del Deseo, Ocio, Saber, y Control de Indiferencia. A diferencia del pasado, al no tener otro estado con quién competir en materia de economía, el sector del abastecimiento del deseo se encarga por completo de la producción y distribución de todos los recursos necesarios para todos los que vivimos aquí, y de mantener un registro del consumo de nuestros mismo actores, para cada año comparar los niveles de consumo con los de los años anteriores.

Iba caminando alrededor del mesón dirigiendo su mirada a las pantallas de respectivo sector.

—En Ocio existe todo lo referente a perder el tiempo sin un beneficio; en otras palabras es el área para desarrollar el esparcimiento. Tenemos todo cubierto. Creemos que es parte fundamental para que el individuo sostenga que tiene un tiempo de libertad y eso refuerza el pensamiento de la voluntad.

Jacob lo seguía, observando las cámaras de los sectores con vehemente atención.

—En Saber —dijo exhalando un suspiro—, bueno, tenemos programas que se aplican para enseñar a intensificar la idea de que el conocimiento es la voluntad del bien. Le hacemos entender a la gente que este acondicionamiento consciente es la vía para vivir en paz.

—Pero es obligación— replicó Jacob.

—No. Nosotros le enseñamos a la gente que es una obligación de la voluntad; ayudamos a desarrollar ese pensamiento.

Jacob lo miró desconfiado.

—Y aún diciéndome esto crees que lo lograrán conmigo.

—Es un proceso, lo hemos logrado con todos. Tú no serás la excepción.

A Jacob le nació una sonrisa interna; él creía y sabía que cada quien debía vivir en libertad y no lograrían adoctrinarlo.

—Continúa ¿sabes sobre la religión?

—Sí.

—Pues aquí no existe. Esto es parte también de lo que abarca el sector del Saber. Ese pensamiento de que hay algo superior no existe aquí, en esta sociedad todos tenemos el discernimiento de que cada uno es el ser más supremo que existe dentro de la voluntad del bien. No alabamos a nadie y no creemos más que en lo que podemos hacer nosotros mismos, y por ende no existe desviación de la voluntad individual.

Jacob no dijo nada, pero no se inmutó.

—Una de las causas —entró Constantine en la habitación— de la *última guerra* fue la disputa entre muchas religiones por imponerse ante las demás como la más importante o la más seguida. Las persecuciones y genocidio que se aplicó contra ciertos tipos de religiosos a lo largo de la historia fueron brutales. Todo siempre por el poder, por la jerarquía y la política con sus monopolios, para querer conquistar el mundo de una forma u otra. Nosotros lo sabíamos incluso antes de que la guerra germinara. El hombre por defecto siente afán de colocarse por encima de sus iguales y es lo que lo llevó a su perdición.

—Creo que tus palabras te juegan en contra —intervino Jacob— ¿no es lo mismo lo que hacen ustedes aquí?

—Aquí no hay miseria muchacho. Nosotros tenemos el control, pero otorgamos genuinos placeres a las vidas de las personas que aquí yacen. No hay religión y la política que ejercemos es lo contrario a lo que hacían los pueblos del pasado. Ya te lo he explicado, le damos vida a la vida. Nadie muere injustamente por culpa de ideales sin sentido.

—¿Y la libertad de cada quién?

—Esta es la ciudad de la libertad, todos se sienten cómodos con lo que hacen. Agrupamos a las personas que cumplen el proceso de recomposición según sus cualidades y desempeñan un cargo en alguno de los sectores de manera que es un ciclo. Reacomponemos a las personas, las llevamos a un sector, se desempeñan, y todo se sigue desarrollando. Sin quejas, sin problemas.

Jacob calló.

—Sólo pasé por aquí a recoger algo y escuché al señor Arthur, ya me voy.

—No se preocupe señor— señaló Arthur nervioso.



Constantine se dirigió a la salida y se volvió.

—Enséñale bien Arthur, él es prometedor.

Luego salió sin decir más. Jacob frunció el entrecejo al escuchar aquello sin entenderlo.

—¿Qué quiso decir?

—...No lo sé. Sigamos.

Sacó un pañuelo de su bata blanca y tanteando se secó un poco la frente. Caminó hasta el fondo de la habitación más allá del mesón y se encontraron con una gran pantalla.

—Bueno. El último sector: Control de Indiferencia, se controla desde aquí, desde la Torre Central. Y la tarea es sencilla.

Hubo un silencio. Jacob lo miró.

—La indiferencia es una actitud mortal para aquel que no quiere seguir la voluntad. Cuando esa persona se rehúsa al bien voluntarioso lo llevamos a una cámara parecida a la de recomposición. Es la Cámara de Gestación.

—¿Embarazo?— preguntó Jacob confuso.

Arthur rió.

—No. La Cámara de Gestación es un espacio determinado de preparación donde se hacen pruebas severas para lograr cambiar esa mentalidad liberal de la persona indiferente. Y si no se logra con ese método Constantine decide qué se hace con esa persona.

—Qué atrocidad.

—Yo creo que es fascinante.

—¿Por qué sería un problema una persona indiferente entre toda esta locura?— le lanzó Jacob hurgando en su mente para saber sus consecuencias si fallaba en su intento de escape.

—El problema es la desestabilización del sistema que tenemos aquí; una persona indiferente irrumpe en el proceso de desarrollo continuo de los sectores. Y así no se puede ejercer la voluntad del bien.

Quedaron en el sosiego un minuto, mirando fijamente la pantalla. Luego Arthur recordó.

—Por cierto, creo que has llegado en buen momento para el complejo. Pero es Constantine quien debe decírtelo. Se lo recordaré para que te busque en tu habitación luego y te informe.

Jacob no entendía casi nada de todo aquello ¿Un buen momento? ¿Para qué? ¿Voluntad del bien? Pensaba que era un disparate todo lo que hasta el momento había visto y escuchado ¿Qué era todo eso? ¿Una falacia? ¿Un sueño? No lo

podía saber, aunque todo parecía muy real. Aunque al fin y al cabo no le interesaba, sólo quería salir de allí.

Arthur se volteó y le dijo que era todo lo que podía decirle por hoy, pero que habría más. Lo llevó a su habitación de nuevo. No se había fijado, pero en el trayecto de vuelta vio que aquel largo pasillo estaba lleno de puertas en los laterales, todas con ventanillas; intentaba ver a través de ellas al pasar pero no lograba vislumbrar nada, parecía como si dentro no hubiera luz, hasta que llegó a su puerta. Por fuera también decía “CÁMARA DE RECOMPOSICIÓN”. Entró y Arthur se fue. Estuvo de pie un momento en el centro de la habitación, y luego se recostó sentado de la cama con la vista alta. Miró el lienzo. Pensó en algo. Luego durmió.

## VII

En medio del sueño despertó por el movimiento que le llamaba la mano de alguien, era Constantine. Abrió los ojos y lo vio a su lado de pie, sonrió, y Jacob inesperado se hizo para atrás en una reacción automática. Cayó de la cama.

—Buenos días— exclamó Constantine con voz baja.

—¿Es de día?

—Algo así...

Jacob lo vio con extrañez.

—Ven conmigo— repuso al instante.

Ambos salieron. Recorrieron el mismo camino de la primera vez: pasillo de la derecha, cinco minutos caminando hasta el ascensor y el último botón de arriba. Hasta la azotea.

Salieron y Constantine los hizo pararse en el mismo lugar, con la panorámica de la ciudad.

—Dime qué ves— le dijo a Jacob.

—Lo mismo que tú, supongo— respondió con hostilidad.

—No estás observando, estás sólo mirando.

—Pues... una ciudad... edificios bajos... casas... gente... cámaras voladoras...

—¿Eso es todo?

Jacob miró con detenimiento hacia abajo, detallando lo que podía.

—Veo... eso que está allí... es ¿una plaza?

—Precisamente. Es la misma plaza donde los capturamos.

—¿Donde nos capturaron?

—Figurativamente. Fíjate en la forma.

A lo lejos, interrumpido por algunos edificios, se notaba la figura de un hexágono.

—Ya lo veo.

—Excelente. Es...

—Es como estar en la superficie, pero reconstruida —dijo Jacob bajando la mirada, mientras lo interrumpía—, es el mismo diseño de la ciudad de arriba, es... increíble.

—Hacia allá iremos.

—¿Iremos?

—En unos días el complejo cumple cuarenta y cinco años de haberse construido. Cada diez años celebramos aniversario; se interrumpe en el 5 porque fueron quince años los que tardamos en construir la mayoría, y desde ahí decidimos hacer ese antiguo ritual que por aquella época aún estaba vigente en el mundo exterior. Hacemos un tipo de espectáculo que entretiene a todos a pesar de no durar mucho.

—¿Qué tanto?

—Algunos días. Tres para ser exacto.

En ese momento Jacob pensó que sería una buena oportunidad para intentar escapar, pero primero debía saber dónde estaba la salida y entender mejor el complejo. También pensó en Florence. Ya había pasado mucho tiempo sin saber

de él, pero no se sentía confiado en preguntar. “Unos días”, le resonó en la cabeza ¿sería suficiente?

Luego vislumbró algo en la lejanía, era como una vara de luz vertical que daba en el centro de la plaza.

—¿Qué es eso?— Preguntó.

—¿Qué cosa?— preguntó de vuelta Constantine.

—Esa luz.

—Es como una especie de reloj.

De pronto le llegó el recuerdo de la rejilla en el centro de la plaza de la superficie. Aquel rayo de luz cilíndrico que rompía desde el alto centro de la cúpula hasta la plaza estaba conectado. Uniéndose en la distancia y coincidiendo en el mismo punto. Por ahí se drenaba la luz que procedía desde la superficie, y ésta, era amarilla. Era de día.

—¿Es de día?— preguntó sin convencimiento de lo que había pensado.

—¡Luz natural! —expulsó con voz alta—, en efecto, es de día. Ese es uno de los aspectos arquitectónicos que más me fascina de todo lo que nos rodea; es tan perfecto que parecería imposible ante la razón, pero no lo es, allí está, buenos días.

—¿Qué propósito tiene?

—Ese de tu reacción: sólo saber si es de día o de noche, estando tantos metros bajo tierra sin ese agujero, no podríamos saberlo. Cuando el sol se oculta ese agujero proyecta una luz hermosa, de un color azul blanquecino. En las noches de luna llena logramos que ese brillo llene muy bien cada espacio, apagando todas las luces de la ciudad y con un sistema de espejos alineados para eso. Deberías verlo alguna vez.

—Seguro.

Inmediatamente Jacob pensó en los tres días del aniversario y en la luna.

—¿Eso es sólo cuando hay luna llena?— preguntó sacando información.

—Sí. El resto de las fases de la luna no tiene el potencial lumínico de la llena y por lo tanto sólo se logra apreciar bien en su fase completa.

—¿Y en qué fase está por estas noches?

—No lo sé en realidad, pero podríamos enterarnos en la SCM.

Jacob tenía un impulso que lo incitaba a querer salir del lugar como fuera y lo más rápido que pudiera. Pensó que si la luna llena coincidía con alguno de los días del aniversario sería una oportunidad única para escapar.

—Llévame, quisiera saber qué tan pronto lo podré ver— le dijo con calma.

Jacob empezó a sentir que se le aceleraba el corazón por la posibilidad que descubrió y también porque le estaba exigiendo a Constantine algo que quizá podría negarle. Entre el impulso de querer salir de allí y su calma plena, la balanza se inclinaba por la calma, pues al final sabía que tendría que permanecer algún tiempo para poder salir.

—Muy bien —respondió haciendo un ademán—, vamos.

Caminaron de vuelta en dirección a la Sala de Control Metropolitano. Al llegar Constantine se acercó a una de las pantallas y susurró algo a un tipo que estaba sentado trabajando en algo. El hombre inmediatamente se puso de pie y Constantine tomó su lugar. Llamó a Jacob.

—Bueno desde aquí podemos ver en qué fase está la luna y saber si más pronto que tarde podrás ver el espectáculo de luz.

Se inclinó hacia adelante y empezó a marcar con los dedos en un panel que yacía bajo la imagen que producía la pantalla. Al ver el panel parecía no tener símbolo alguno y se asemejaba a ver alguien tocar cosas invisibles, pero con mucha velocidad. A medida que tocaba el panel, las imágenes de la pantalla cambiaban y se mezclaban con otras imágenes. Y luego de un momento lo encontró.

—Aquí está— dijo.

Había una lista de nombres seguidos de una imagen.

*Luna nueva.*

*Luna nueva visible.*

*Cuarto creciente.*

*Luna gibosa creciente.*

*Luna llena.*

*Luna gibosa menguante.*

*Cuarto menguante.*

*Luna menguante.*

*Luna negra.*

—El sistema de fases lunares me indica que estamos en la fase tres, es decir, la Luna del Cuarto Creciente. Pero hay muchos factores que influyen para poder descifrar si la luna estará en el aniversario; por ejemplo la posición relativa del sol, si bien la luna nueva depende de la proximidad del sol a la luna, la luna llena ocurre entonces cuando están en lados opuestos del cielo con respecto al sol.

La pantalla lanzaba imágenes nítidas de la luna y sus posiciones con respecto al sol y a la tierra. Jacob estaba embelesado. Constantine seguía presionando el panel.

—Entonces —continuó—, si estamos en Cuarto Creciente, deberían faltar por lo menos seis días para que la luna llena empiece a mostrar su cara, y el aniversario es en una semana, es decir que para el segundo día de la celebración del aniversario la luna llena debería estar completa. Creo que no podría ser más perfecto.

Constantine hizo un gesto con la cara que llamó la atención de Jacob. Siguió empeñado en el panel y buscaba algo, con velocidad.

—Pues me equivoqué... sí puede ser más perfecto. Verás, el ciclo de cada fase lunar dura por lo general un poco menos de lo que arroja el calendario lunar, es decir que las fases de la Luna que ocurren y comienzan en el mismo mes suelen ocurrir nuevamente antes del final del mes siguiente. Por consiguiente, según el sistema de fases lunares, aproximadamente cada 2,7 años, la fase de la Luna Llena ocurre dos veces en un mismo mes, y la segunda es llamada la Luna Azul. Es esa la que veremos en el aniversario, la azul.

Jacob quedó impresionado.

—Han sido dieciséis veces las que hemos logrado apreciar la luna azul a lo largo de estos 45 años, aunque nunca había coincidido con el aniversario del complejo y menos que tuvieras la oportunidad de verlo, sino tendrías que esperar un poco más de dos años.

—¿Y cuál es la diferencia de la luna llena normal a la azul?— Preguntó Jacob interesado.

—Pues la cantidad de potencial lumínico de la luna azul se concentra con más fuerza en el centro de la plaza haciendo que haya un nivel de oscuridad mayor con respecto a la luna llena normal.

“Bingo”, pensó Jacob. Cuando apagarán las luces artificiales en el segundo día para apreciar la luna azul sólo debía conseguir que los espejos no funcionaran y habría oscuridad total.

Hubo un silencio.

—Será un gran espectáculo— dijo Jacob sin inmutar el rostro.

## VIII

En la oscuridad el leve sonido de las brasas de una antorcha no muy cercana era lo único que se escuchaba; antorcha que iluminaba sólo un poco el seguido muro que la sostenía. Eran cuatro, una en cada esquina. Y el dolor de cabeza perenne que asestaba en la concentración de la consciencia. Florence, despertando en el suelo de alguna habitación intentaba luchar contra el cansancio, intentaba luchar contra la confusión.

Se levantó, y entre lo claroscuro palpaba con sus manos las paredes que lo encerraban. Las paredes eran como hechas de piedra, sobrepuestas una encima de la otra; como una catacumba religiosa. Intentó encontrar una puerta pero su

búsqueda fue fallida, lo único que notó era que estaba en un cubo de piedra y cuatro antorchas en cada esquina iluminando su desahucio. Sentía sed. Sudaba mucho, las extremidades le pesaban y veía borroso; se sentó entonces en una esquina y recordó a Jacob, con la misma sensación que tuvo él al despertar.

“Dónde estaba, qué había pasado con él”, recordó a Constantine y también todo lo que había contado Jacob sobre ellos y lo que habían hablado, “qué había pasado con eso”, sólo recordaba la capucha en la cabeza y luego el sonido de las brasas.

Luego pensó que de alguna manera él había llegado hasta allí adentro, y si podía entrar definitivamente podía salir, se dedicó a buscar no sólo en los muros sino en el suelo y en el techo algún tipo de indicio que le indicara algo fuera de lugar. Examinó con cuidado cada pieza de piedra sin encontrar nada, era frustrante. Sentía que se desmayaba por la claustrofobia. Sentía que se iba su posibilidad de salir. Luego de un rato tirado contra la pared escuchó el sonido de la esperanza, era un golpeteo, era el golpeteo de alguien bajando por alguna escalera. No sabía de dónde venía el sonido, no sabía con certidumbre si realmente fuera una persona o capaz era el sonido de la demencia.

El tiempo corría lento, como caminando. Hasta que el sonido más fuerte se apagó de la nada. Un sonido metálico proveniente de arriba en una esquina atrapó la atención de su mirada con pánico, sabía que algo debía haber en algún lugar. Se abrió la roca hacia arriba dejando un agujero cuadrado en el sitio. Se mostraron unos pies, y luego cayendo el cuerpo completo. Allí estaba, era Constantine.

De inmediato se inmutó su rostro sin escape de la angustia. Sosegado lo vio a los ojos y el otro atrapó la mirada en el instante. Constantine se acercó al lugar de Florence, en el suelo.

—Hola muchacho— saludó sin más.

Florence no abrió la boca. Incluso casi dejó de respirar.

—Supongo que tu estado mental no es agradable ahora, pero veámoslo así, todo será para mejor.

De inmediato se puso de pie y eufórico gritó.

—¿Qué es este lugar, qué me has hecho?!

—Te dije que todo es para mejor.

De pronto y de la nada en el rostro de Florence se impactó la palma cerrada de Constantine, tirándolo contra el suelo. Cayó desmayado y la luz se le fue de los ojos.

Cuando la luz volvió, no era de las antorchas, sino de la “CÁMARA DE RECOMPOSICIÓN” a la que había sido llevado para ser evaluado igual que todos. Sentía un profundo dolor en su rostro por aquel golpe que había recibido; se levantó del frío suelo y se sentó en la cama. Le dolía lo suficiente como para no pensar en otra cosa que no fuera eso. Luego repentinamente empezó a gritar.

—¡Sáquenme de aquí, Constantine eres un maldito!— paraba para tomar aire y seguía.

Fueron largos minutos de insultos al vacío y de golpear las paredes y la puerta. Luego de un rato se detuvo al no ver resultado alguno. Cansado se recostó de la cama. Si alguien entra por esa puerta estará en problemas, “pensó”, así que más vale estar atento. Revisó la habitación, y encontró que sólo había la cama y un caballete sin lienzo en una esquina. Esto servirá —dijo— mientras desarmaba el caballete. Tomó una de las patas y la azotó contra las paredes hasta que se astilló y una de sus puntas quedó filosa.

Guardó el arma bajo la almohada de la cama y se acostó a esperar. Pasaron horas y nadie entraba. Sentía que el tiempo se volvía infinito, sentía que se volvería loco de estar tanto tiempo encerrado. Y seguía pasando el tiempo y ni un rastro de gente se asomaba, hasta que se durmió. Cuando despertó se levantó de golpe y al revisar bajo la almohada ya no había nada, y el resto de las piezas del caballete habían desaparecido. Pronto empezó a golpear e insultar de nuevo cuando notó que la densidad del aire se volvía muy espesa; se ahogaba y casi no podía respirar hasta que se desmayó.

Los grilletes en sus muñecas y las cadenas colgando pesaban mucho, estaba encadenado a la pared. Luego entró alguien.

—Así pareces mucho más inofensivo— dijo Constantine frente a él.

—¿Inofensivo? ¡Eres un maldito, suéltame!— le replicó Florence con hostilidad.

—¿Para que ataques a alguien con tu violencia? No lo creo. Te observamos, muchacho, sabíamos que atacarías a alguien si entraba por esa puerta. Pero el gas somnífero es muy útil ¿no crees? En este lugar nadie debe salir herido, y eso lo debes entender. Pronto vendrá alguien, así que espéralo.

Salió de la habitación y dejó a Florence encadenado. Él no entendía nada y no pretendía hacerlo, el único pensamiento fijo que tenía era el de salir de ahí. Forcejeó las cadenas pero eran demasiado gruesas como para romperlas y demasiado ajustadas para sacárselas.

Intentó por un rato golpeando contra la pared pero sólo consiguió el cansancio, y paró. Pensó que debía haber manera de romperlas, aunque desistió de seguir intentando. Luego durmió. Sintió que su sueño duró unos minutos cuando escuchó a alguien que entraba.

—¡Vaya, encadenado!— dijo Arthur antes de presentarse.

—¿Quién eres tú?— preguntó Florence agotado.

—Me llamo Arthur Bergman, y te voy a atender en los próximos días.

—¿Atenderme de qué?



—Soy un psicoanalista muy experimentado, ya me encargué de tu amigo Jacob y es tu turno.

—¿Jacob, dónde lo tienen?

—Tranquilo, está en un buen lugar, igual que tú.

Lo maldijo seguidas veces hasta que se calmó y empezó la sesión de preguntas. Florence le hizo mucho más difícil el trabajo al psicoanalista, se negaba a responder y cuando hablaba era muy hostil. Arthur estaba a punto de marcharse cuando Florence preguntó.

—¿Qué es este lugar?

—Pronto lo sabrás.

Salió y trancó la puerta.

Florence se mantuvo quieto, cuando se movía con brusquedad se lastimaba con las cadenas. Estuvo pensando y analizando. Estamos secuestrados en este lugar, “pensó”, y Jacob no debe estar lejos. Intentando pensar en todo cayó en un profundo sueño.

*El mismo cuarto. Las cadenas yacían rotas en el piso. Todo era de un blanco opaco, borroso. Se levantó y notó que la cama estaba movida. No había nada más y la puerta entreabierta lo llamaba. Salió al pasillo, miró a la derecha y a la izquierda sin rastro de nadie. Volvió a mirar hacia la derecha, vio a alguien, pensó que era Jacob, que le hacía un ademán. Lo siguió, aquel se movía como flotando hasta que llegó a una ascensor. Con el dedo señaló el último botón de arriba y se desvaneció cruzando el techo como un fantasma. Escucho su nombre un par de veces, pero no hizo caso. A Florence lo llevó el ascensor. Cuando llegó, aquella figura lo esperaba al final del pasillo amurallado con vidrio. Y se posó junto a él. Miraban ambos de frente. Luego en la cara del personaje vio el rostro de Jacob quien le hizo un ademán hacia el norte, y él miraba, le preguntó que a qué señalaba, no entendía. Y volvió a escuchar su nombre como un eco. Entonces tocó el vidrio y empezó a dibujar en el aire una forma, tenía seis lados. Florence miraba con mucha atención. Una mano señalaba al norte y la otra dibujaba algo. Él entendió ¿el hexágono? —preguntó—. De nuevo y por última vez escucho su nombre y luego aquella figura se desvaneció en el aire y él como en un túnel del tiempo escuchaba que una voz lo llamaba, como el eco cuando choca contra las rocas, su nombre le parecía extraño. Y regresó a la habitación del inicio.*

Alguien lo había estado llamando. Era Constantine.

—Ya era hora muchacho, tenía 10 minutos intentando despertarte.

Florence notó que estaba desencadenado cuando despertó e inmediatamente se le lanzó encima a Constantine derribándolo al suelo. Lo ahorcaba y le arrojó un par de golpes a la cara. Dos guardias apologistas se le lanzaron encima y lo sometieron contra el piso.

—No has aprendido nada por lo que veo— le dijo desafiándolo con la mirada.

—¡No tengo nada que aprender aquí maldito!

—Venía a darte un paseo aunque ya veo que te gusta en exceso la violencia, pero es tu decisión.

Los guardias lo arrojaron hacia una esquina y salieron junto a Constantine. Pensó que no podrían dominarlo y aunque sintió que algo malo pasaría mantuvo su posición. Ahora estaba desencadenado. Intentó mantenerse despierto por horas hasta que no pudo más y dejó de esperar. Se acostó y durmió. En medio de la nada despertó por un ruido y en la oscuridad escuchó el rechinido de la puerta pero no veía nada. Sintió como dos personas lo agarraron por los brazos y le colocaron una capucha en la cabeza sacándolo a la fuerza de la habitación. No sabía a dónde se dirigían. Escuchaba ruidos y voces pero no entendía. Luego fue arrojado en algún lugar y una puerta se cerró.

## IX

Jacob estuvo planificando en su mente lo que debía hacer y tenía sólo seis días para que llegara la luna azul. Aunque lo primero que sintió al pensar en cualquier cosa fue la frustración de desconocer la salida, y sin ella no serviría de nada irrumpir en el evento de los espejos. También debía encontrar a Florence antes. Había conseguido algo de confianza por cooperar con el sistema, y si seguía así quizá lograría con más facilidad su objetivo.

Pensó que la única forma de salir de ahí y pasear libremente por todo el complejo sería que le atribuyeran un cargo en alguno de los cuatro sectores, pero no sabía que tanto tardaría eso y no podía esperar otra oportunidad. Sabía que mínimo

tendría otra chance de salir porque Constantine no le había mostrado todo. Así que esperó. Pero la espera se hizo tan ancha que sintió que había pasado incluso un día, y la desesperación lo empezaba a invadir. No había nada que hacer ahí y no podía pensar en nada si no salía. Pasaron horas y horas entre sueños y ansiedades y le pareció extraño que siguiera en la cámara de recomposición porque habían dejado de hacerle exámenes y pruebas. Se levantó y asomó la cara por la ventanilla de la habitación, sólo veía otra habitación justo en frente y los pasillos a los lados. Y cuando estuvo a punto de alejarse de la puerta notó que a través de la ventanilla de la otra habitación sucedía algo y se mantuvo para observar.

Escuchaba algo estremecedor cada cierto tiempo y no entendía pero sabía que venía de la habitación de enfrente. Seguía observando, cuando su mirada se cruzó con la de alguien en la otra ventanilla siendo arrastrado por la fuerza hacia atrás. Se despegó de la puerta con rapidez y su corazón disparó una ráfaga de latidos. Volvió a mirar y detalló en intervalos de imagen cómo aquella persona estaba siendo torturada. Entró en pánico por la idea de ser el siguiente y golpeó tan fuerte la puerta protestando que se abrió. No tenía seguro. Quedó perplejo sin saber qué hacer, y por instinto corrió hacia afuera, al pasillo de la izquierda.

Se topó con Constantine tumbándolo con fuerza al suelo.

—¿Qué sucede contigo?!— le dijo mientras se levantaba del piso.

—¡A ese hombre lo van a matar!— respondió él agitado.

—¿A cuál hombre?

Lo tomó del brazo y lo llevó hasta la puerta de la habitación donde había visto aquel rostro. Abrieron la puerta y ahí estaban. Un hombre, el que Jacob había visto, sentado en una mesa, y un guardia de las FCB al lado de la puerta.

—¿Qué pasa aquí?— preguntó Constantine.

—Oh, señor, un placer verlo. Todo bajo control, ejercicios de rutina— dijo el guardia.

—Eso parece.

Jacob dudó de la escena, pues lo había visto con sus propios ojos.

—Ya ves muchacho, aquí todo está bajo control.

—¡Eres tú, el hombre a quien estaban torturando!— lanzó Jacob directo hacia el hombre en la mesa.

El hombre permaneció en silencio. Y el guardia intervino.

—No lo torturaba, esa palabra aquí no existe. Sólo son algunos métodos para que los internos del lugar entiendan la filosofía de la voluntad.

—Sí, seguro— respondió Jacob hostilmente.

Jacob y Constantine salieron y se dirigieron hacia la izquierda al ascensor. Marcó el botón más bajo.

—Muchacho, aún debes entender muchas cosas, seguro lo que viste a través de la ventanilla fue algo muy radical, con el tiempo te acostumbrarás a todo.

—¿Por qué mi habitación estaba abierta?— preguntó sin levantar la cara.

—Pues, debido a tu comportamiento de colaboración y cooperación con nuestro sistema pensé que no serías una amenaza mayor, así que decidí no dejarte encerrado.

—Hubiera sido muy útil haberlo sabido.

—Pues ahora lo sabes.

La conversación se detuvo cuando el ascensor llegó a su destino, era el piso más bajo (Planta Base) del edificio, ahora estaban en la zona de los cuatro sectores.

—¿A dónde vamos?— preguntó Jacob.

—Sólo ven conmigo.

Salieron del ascensor y del edificio central. Caminaron un poco hacia un organismo circular que se encontraba en el suelo entre dos calles, y se posaron encima del anillo. Aquella circunferencia se levantó del suelo. Con un sistema de electromagnetismo el disco lograba levantarse y deslizarse a través de canales que se esparcían y conectaban por toda aquella ciudad subterránea.

—Que comience el paseo— dijo Constantine con una sonrisa en el rostro.

El disco se movía con una velocidad que les permitía apreciar todo lo que pasaba por sus ojos. Jacob observaba todo con suma atención para poder recordarlo si era necesario y Constantine le iba explicando cada cosa a medida que avanzaban. Luego pensó que todo aquello era increíble, que era de admirar y halagar, que de alguna manera habían creado vida realmente bajo tierra, como un imperio, pero en el fondo sabía que estaba mal.

Siguieron avanzando hasta que llegaron a la plaza hexagonal que antes habían visto desde tan lejos y se bajaron del disco. Ambos caminaron hasta la plaza y Jacob embelesado por la similitud de la del mundo exterior no decía una palabra.

Se sentó en un banco y miró el rayo de luz que caía desde la superficie hasta el centro de la plaza, viendo como se desvanecía mientras más se acercaba. Estuvo un rato pensando, mientras que la luz entraba por sus ojos. Luego empezó a ver a todos lados como ansioso cuando Constantine lo vio.

—¿Qué buscas?— le preguntó.

Dudoso, no supo qué responder, pues buscaba algo que pareciera una salida.

—Nada, creí escuchar una cámara de intensificación muy cerca y me alarmé.

—Las cámaras de intensificación no bajan a menos de veinte metros del suelo, así que no te preocupes— le dijo con una expresión de rareza.

—Tienen mucha seguridad, lo entiendo.

Hubo silencio por unos segundos.

—Aunque ahora que lo pienso —dijo con una inocencia forzada—, pareciera que tuvieran tanta seguridad que ni ustedes mismos podrían salir— con una leve risa.

—¡Qué tontería! sí salimos, pero eso sería darte demasiada información.

—Dijiste que confiabas en mí, a menos que me hayas mentido y me hagas pensar que mentir está bien en tu mundo de voluntad. Y si mi voluntad es mentirte podría fingir que coopero con tu sistema para dañarlo, y tú serías responsable por eso.

—No trates de jugar conmigo, igual no podrías salir. Sólo algunos tienen esa facultad y tú no eres uno de ellos.

—Tú no tienes derecho de decidir quién tiene facultad de hacer una cosa u otra.

Constantine se tomó la barba, pensativo. Luego le dijo.

—Pues intenta cambiarlo, intenta cambiar cincuenta años de adoctrinamiento conductual sobre la voluntad, adelante.

Jacob no dijo nada.

Luego de haber estado un rato fuera y pasear por el lugar Constantine lo llevó de nuevo adentro.

—Bueno muchacho, te dejo, tengo cosas más importantes que hacer que estar paseando por ahí. Ya sabes que tienes... cómo decirlo, libertad condicional —río— de andar por aquí. Pero te diré algo, algún comportamiento extraño y te encerraré de nuevo.

Le colocó un brazalete que sacó de su saco y se lo colocó.

—¿Qué es esto?— preguntó de golpe.

—Y no puedes salir del edificio central, así que no intentes.

Se esfumó usando una tarjeta para una puerta que estaba al final del pasillo en la Planta Base mientras Jacob miraba el brazalete desconfiado. Empero no pensó dos veces y se montó en el ascensor. Subió al último piso y se posó frente a todo el complejo desde lo más alto del edificio, miró con claridad todo Nuevo Gran País. No puedo salir de este edificio, “pensó”, pero de alguna manera tengo que averiguar dónde está Florence, tengo que conseguirlo para salir de aquí.

Rápidamente pensó en la Sala de Control Metropolitano, ahí había toda clase de información sobre cada cosa en todo el complejo, pero para entrar necesitaba una tarjeta como la de Arthur. Su problema era conseguir una. Pensó varias formas de tener una tarjeta pero ninguna era muy factible.

—Creo que tendré que buscar problemas— se dijo.

Caminó hacia el ascensor y bajó hasta su habitación. Se quedó ahí un tiempo esperando, meditando la situación. La puerta estaba cerrada pero no tenía ningún seguro, así que podía salir a voluntad. Cada vez que pasaba una sombra por la ventanilla hacia la izquierda el abría y observaba si aquella persona entraba en la Sala de Control, en efecto, cada persona, como autómatas, pasaron llegando a la puerta y entraron usando la tarjeta, guardándola luego en un bolsillo de sus batas. Su plan era robar una de estas tarjetas.

Estuvo esperando que surgiera otra sombra de un lado a otro, pero eran irregulares, no podía medir cada cuánto pasaría alguien. Luego de esperar un par de horas vio una silueta pasar acompañado por el sonido de los pasos al caminar, y él con cuidado abrió la puerta para que no se diera cuenta, corrió hacia el hombre de bata blanca y lo arrolló, tumbándolo y haciéndolo arrojar algunas carpetas y bolígrafos que llevaba encima.

—Lo siento, no te vi— dijo Jacob.

—Sí, pude notarlo ¿a qué se debe tanta prisa?— respondió el hombre.

—A nada, es solo... creo que tendré más cuidado la próxima vez— dijo titubeando.

El hombre se levantó con ayuda de Jacob y siguió su camino a la Sala de Control. Jacob volvió rápidamente a la habitación y cerró. El hombre llegó al final pero no pudo entrar, pues Jacob ya le había quitado la tarjeta y cruzó de nuevo hacia la derecha diciendo para sí “debí dejarla en algún lugar” cuando pasó por la puerta.

Con la tarjeta encima Jacob sólo debía buscar la manera de entrar a la Sala sin alterar el orden, pero sutilmente no lo lograría. Debía ver cada pantalla de cada cámara para saber dónde se hallaba Florence sin levantar sospechas y luego salir en su búsqueda.

## X

Cuando le quitaron la capucha, Florence reaccionó de manera violenta por no saber a dónde lo habían llevado ni con quién, dando golpes a su entorno. Se sorprendió, pues parecía no estar en un lugar tan malo cuando notó que intentaban ayudarlo.

—Con calma, muchacho, somos los mismos— dijo alguien con sabia voz.

—¿Los mismos?— preguntó Florence.

—Sí, aquí traen a los más desobedientes que no siguen las reglas de este sistema, y si estamos juntos algo en común debemos tener.

—¿Y cómo salimos?

Los dos que lo ayudaron más el que estaba en el fondo rieron a carcajadas.

—Nosotros tres llevamos aquí un par de años, quizá más, y no hemos podido salir, creo que deberías calmarte— dijo el hombre.

—Me parece que no han intentado lo suficiente entonces— contestó Florence soberbiamente.

—Mi nombre es John Peterman, ella es Anna Page, y el que está sentado — haciendo un ademán con el dedo— por allá es Alex Din, hemos estado aquí juntos por meses; ya ni siquiera sabemos cuándo es de día o de noche.

—El placer es mío... soy Florence —dijo petulante— ¿qué es este lugar?

—Es la cámara de gestación.

Aquel lugar oscuro era una habitación pequeña de acero, para diez personas como mucho, pero sólo habían estado ellos tres todo ese tiempo, ahora cuatro. Al no haber camas ni algún tipo de mobiliario eran obligados a dormir en el piso frío. El cuarto tenía la capacidad de crear ilusiones truculentas a través de drogas que eran inducidas por un gas sin olor, lo cual estimulaba el miedo y las ganas de salir del lugar. Ellos eran personas como Florence, desafiantes, altaneros y con ganas de salir del lugar, pero con el tiempo fueron perdiendo valor para seguir intentando.

—Entonces chico ¿si nosotros no hemos podido salir, qué te hace pensar que tú sí podrás? —dijo John.

—No estoy solo aquí, me trajeron con mi amigo Jacob, pero si él no está en esta habitación...

—Debe estar allá afuera en algún lugar— dijo John quitándole las palabras de la boca.

De la nada Anna escrutó.

—¿Crees que esté tramando algún plan para salir?

—Debería. Así como nosotros también deberíamos empezar a hacer uno ¿cómo funciona este lugar, esta habitación?

Anna frunció el entrecejo

—Pues, una vez que entras no puedes salir, estas paredes están forjadas con acero y la única vez que se abre la puerta es para encerrar a alguien nuevo, y eso no pasa a menudo. Tú eres el primero en meses. Además periódicamente nos hacen algo que nos pone mal, empezamos a alucinar, nos alteramos, y muchas veces no sabemos cuál es la realidad de la habitación, lo cual dificultaría el intento de escape.

—No podemos esperar meses para intentar salir de aquí, debe haber otra forma... ¿Cada cuánto son las alucinaciones?— respondió semi agitado Florence.

—Quizá una vez cada dos días, pero eso es muy relativo porque no sabemos el tiempo aquí— escrutó John.

—¿Y cuándo fue la última vez?

—No hace mucho, un poco antes de que llegaras, pero los efectos pasaron rápido. Lo que sí sabemos es que cuando dormimos no sucede nada, y creemos que sólo lo usan como un medio psicológico para sacarnos del juego de la realidad, pero físicamente nunca nos han tocado.

Todos quedaron callados por un momento, hacían lo posible pero ninguna idea era mejor que la anterior, porque no podían hacer nada si la puerta no se abría. Todos se sentaron recostados de las paredes pensando, todos en silencio, tratando de quebrar el sistema. Pero nada surgía.

—Una vez hace tiempo intentaron hacer algo ¿lo recuerdan?— dijo de la nada Alex.

John y Anna se miraron.

—Cuando me trajeron a mí —continuó—, Anna atacó a uno de los guardias de fuerzas beligerantes a penas me arrojaron a la habitación. Y teníamos el mismo plan cuando se volviera a abrir la puerta, sólo que por alguna razón no funcionó, cuando despertamos ya estabas aquí.

—Sí, ya lo había pensado, pero de igual forma necesitamos que la puerta esté abierta— respondió Anna a su idea.

—Pues es la única manera. Si no lo han notado, el más entusiasta entre nosotros —refiriéndose a Florence— no ha dado una idea mejor.

—Tiene razón, yo no he propuesto nada útil— dijo él.

Todos quedaron en silencio un segundo.

—Ok, supongamos que se abra la puerta, hacemos alguna maniobra para atacar a un guardia ¿y luego?— preguntó John.

—Lo tomamos de rehén y amenazamos de muerte al guardia contra el complejo para que nos dejen salir— dijo Anna sin titubear.

—Quizá podría funcionar, no perdemos nada con intentarlo.

Florence resintió el cansancio y se recostó en el piso frío de una de las esquinas de la habitación. Estuvo un rato acostado pensando. Los demás sólo estaban sentados contra la pared. Pensaba en Jacob al cual no había visto desde no sabía cuánto tiempo, y le perturbaba la idea de no verlo de nuevo. Sintió muy en lo profundo que el plan debía funcionar para poder encontrarlo y salir del lugar. Luego de un rato ya se había dormido.



Más tarde John lo despertó para indicarle que harían guardias seguidas por parejas, que irían rotando cada vez, para que todos tuvieran un descanso equitativo y a la vez mantenerse en resguardo para cuando llegara la ocasión de tomar al rehén. Primero fueron Florence y Anna, mientras John y Alex dormirían.

—¿Cómo llegaste tú aquí? —preguntó Florence sin más.

—Supongo que el proceso ha sido igual para todos —respondió ella despidiendo un suspiro.

Y empezó a contar.

—Vivíamos en una aldea de Estado Este, cuando un día, muchos años luego de la *última guerra*, llegaron unos hombres; se les notaba que no eran nativos de nuestras tierras por su manera de hablar y vestir, llevaban togas negras y un aura extraña que se notaba en el aire. Empezaron ayudando a nuestra gente con comida y manutención, de manera que empezamos a sentir empatía y confianza, pero a pesar de eso yo sentía algo muy adentro, algo instintivo que no me dejaba de dar vueltas en la cabeza.

Florence escuchaba con atención mientras hablaba.

—Hasta que un día, casi en la puesta de sol y el cielo nublado llegaron los hombres pero en mayor cantidad, eran tantos que sentimos pánico. Empezaron con un discurso sobre el hombre mismo y luego sobre la voluntad hacia las cosas, hablaron sobre la maldad, sobre la soberbia y el egoísmo. Sonaba lógico, porque por esas razones el mundo había llegado a la destrucción, pero lo hacían sonar macabro y truculento. Cuando finalizó el discurso, nos rodearon con las CFB, nos arrodillaron y nos encapucharon hasta que perdimos el conocimiento y aparecimos en este gran complejo, la ciudad subterránea que ellos llaman *Nuevo Gran País*. Y hasta el día de hoy no he sabido cuantos más de mi gente están aquí, porque pocos días luego de llegar me trajeron a este lugar por mi actitud.

Florence se levantó sofocado y maldijo hacia la nada. Anna trato de calmarlo y se sentó de nuevo con ella.

—¡Esos malditos!— dijo nuevamente.

—Entiendo tu frustración pero ten calma.

—Cuando se abra esa puerta no la tendré.

—Tenemos que actuar con inteligencia, de otra manera no lograremos nada.

—Lo sé, pero... sí, tienes razón.

—Lo lograremos.

Florence quedó mirando hacia la débil luz que los alumbraba unos segundos.

—Eso quiere decir entonces que aquí no sólo hay gente de Estado Oeste, hay gente de todas partes.

—Es probable— dijo ella sin inmutarse.

—¿Cómo es posible que tengan tantos recursos para salir y secuestrar gente de todos los Estados del mundo? Es impensable.

—Entiendo tu punto, pero no sirve de nada pensar en eso cuando nosotros estamos aquí encerrados, hay que ir un paso a la vez Florence. Enfoquémonos.

—Es difícil, pero estoy de acuerdo, primero hay que salir de aquí.

Ya habían pasado las horas correspondientes de su turno, y despertaron a Alex y John. Ellos se acostaron y descansaron.

El tiempo parecía volar cuando dormían, y le tocó de nuevo a Florence despertar. Esta vez lo levantó Alex.

—Haremos guardia nosotros ahora— dijo haciendo un ademán.

—¿Y Anna?— preguntó Florence.

—No se siente muy bien, empezó a tener fuertes dolores de cabeza luego de la primera guardia.

—Entiendo, espero que se reponga, sino seremos uno menos.

—No te preocupes, esa chica es fuerte, créeme.

—¿Y tú cómo llegaste a este lugar?— preguntó Florence igual que antes.

—No me gusta hablar del tema, lo siento. No quiero ser maleducado, pero es algo que prefiero no recordar.

—A veces siento lo mismo, es difícil todo esto, es irreal.

—Siempre despierto con la avidez de haber estado en un largo sueño, pero no es así. Es tan real como que tú y yo estamos hablando justo ahora.

Estuvieron un rato sentados sin mucha plática, sólo vigilantes y atentos. No pasaba nada, sólo el tiempo. Florence no había sentido hambre desde que llegó porque la habitación los proveía cuando dormían, tal como en las cámaras de recomposición.

—¿Qué hay sobre estas alucinaciones, qué los hace ver?— le preguntó Florence.

—Es terrorífico. El efecto tiene algunas etapas, pero es difícil recordar. Sólo recuerdo mucha oscuridad, te hace sentir que algo o alguien viene por ti, que te hará daño. La realidad se distorsiona y ves como todo cambia, las paredes se mueven y los colores son opacos pero a la vez muy llamativos. Y mientras tú atraviesas esa malévola y macabra experiencia, es como si nada pasara realmente. Es inefable.

Florence suspiró fuerte, como alguien que añora algún feliz pasaje por la vida. Recostado de uno de los muros, subió la mirada y observó el techo. El recuerdo de la madre de Jacob se asomaba fugaz, y trataba de evitarlo. No surgió otro cruce de palabras entre ellos hasta que llegó la hora de dormir. Y en los leves

pasos hacia el relevo con sus compañeros, un fuerte dolor atacó a Alex, lo tiró al piso como quien recibe un golpe en el estómago y vomitó hasta que la saliva era lo único que escupía.

Florence lo ayudó y luego se le unieron los demás que despertaron prontamente al escuchar los gemidos de su compañero, lo recostaron en una esquina y lo hicieron descansar, nada le cayó mejor que fuera su turno para dormir.

—Tú también duermes, han estado más tiempo despiertos de lo acordado —dijo Anna a Florence.

Sin titubear, se acostó paralelo a la esquina de Alex en la otra pared y cayó en un profundo sueño.

Anna y John recostados espalda a espalda sin estar muy pendientes de la entrada estuvieron despiertos pensando en aquella extraña punzada que había recibido Alex, la cual era de alarmante extrañez debido a su aparición repentina, paralela al acuerdo de vigilancia del grupo, añadiendo los dolores de cabeza de ella, y ni un rastro del gas psicotrópico que de manera automática llegaba para desestabilizarlos. Un efecto secundario después de tantas dosis del gas, quizá, pero nada era seguro. Sólo sabían que debían estar preparados para lo que fuera, y se mantuvo el orden entre ellos.

Tres días se habían ido entre la rotación de guardias y la entrada que los mantenía en vigilia. Ya todas las combinaciones de parejas se habían hecho e incluso repetido un par, sin rastro alguno del gas, les tocó a John y Florence juntos nuevamente; además del simultáneo malestar que había atacado a los relevos, siendo los únicos que debieron vigilar más tiempo en apoyo a sus débiles compañeros. Sin necesidad de Florence preguntar, John decidió contarle su historia, cosa que había decidido evitar hacer en la última ronda que los juntó.

Entre palabras y explicaciones se cruzaron sus historias rellenas de relatos y aventuras antes de llegar al complejo y generando empatía se conocieron mejor. Ambos hacían de receptor y emisor respectivamente al turno mientras daban su interés de reciprocidad. Cuando siendo interrumpidos por un sonido, quedaron sosegados ante la sorpresa, y rápidamente pero con cuidado despertaron a sus compañeros del sueño inducido por sus malestares. El sonido murió de repente y todos esperaron.

En el silencio y la incertidumbre, esperaban que algo pasara, y escucharon de nuevo un rumor que venía del exterior, era un tic tac, un sonido con intervalos de tiempo muy cortos que a medida que se escuchaba se hacía más fuerte. De pronto el ruido que habían estado esperando arribó y la puerta metálica de la entrada empezó a subir: unos pies vieron, una cintura luego, un pecho y un rostro, todos sorprendidos y luego fuertemente gritaron un nombre.

## **XI**

Entretanto Jacob pensaba cómo usar la tarjeta sin ser descubierto, había pasado un día, sólo quedaban cuatro para que llegara la luna azul y tres para que empezara la celebración de aniversario de los cada diez años. Esperaba que nadie hubiera sospechado ya su plan para encontrar a Florence, pues sin salir de la habitación a pesar de no estar encerrado era una actitud suficientemente extraña. Y sin embargo nadie preguntó nada. La única manera de saber cómo encontrar a Florence estaba en la habitación de Control Metropolitano, así que no entrar no era una de las opciones a elegir. Pero entrar, sin seguridad y sin tener permiso alguno, sería demasiado obvio e indiscreto, además entrar suponía un problema al revelar que tenía una tarjeta que no le habían dado. Entonces cómo

haría para saber cuándo la sala estaba sola, y si es que en algún momento se mantenía sola. No podía saberlo. Cada cierto tiempo alguien entraba a la sala evidenciando de alguna manera que no se quedaba sola nunca, o no por mucho tiempo. Si quería entrar debía idear o inventar alguna excusa, sin tener certeza de que le creyeran, y también sin tener la certeza de encontrar la información que ha pretendido buscar.

Era arriesgado pero no había más, algo debía hacer. No sabía la hora, y aunque no la necesitaba con precisión quería orientarse en el tiempo, así que subió al pasillo de vidrio en el piso más elevado del edificio central sin que nadie lo viera. Sentado, estuvo un rato observando el rayo de luz naranja que caía desde la punta en lo más alto hasta el piso en el centro de la plaza, difuminándose en el espacio, y por el color suponía un ocaso vespertino que se perdía en el horizonte, señal de que la noche llegaba. Parecía parte del espacio mismo, ahí inmóvil en el suelo, esperando que la luz terminara de desvanecerse, para empezar con su movimiento.

Fue un poco más tiempo el que permaneció sin inmutarse incluso luego del tiempo que había estado esperando. Se levantó y bajó a su habitación, casi como quien se hospeda en un hotel, cosa que en el mínimo aire había sentido alguna vez. Pensó que debía esperar un poco más, hasta calcular biológicamente un estimado de media noche para ejecutar aquella locura; locura que él mismo consideró como tal al ser consciente de las consecuencias de haber un posible fallo. Todo estaba echado al azar, no tenía certeza de nada luego de atravesar la tarjeta por la ranura para la cual había sido diseñada. Pero era lo único que estaba en sus manos.

Habiendo calculado el ritmo del tiempo de alguna manera endógena por patrones en su cabeza, decidió salir de su habitación, asomando primero la cabeza y verificando que nadie pudiera truncan su plan. Hacia ambos lados miró. No había notado, por nunca antes haber estado despierto a esa hora, que el ambiente era más calmo, y definitivamente dejando sin atención lo que en momentos de más actividad habían sido ruidos que venían de afuera. Pues, no existía razón para que todo el personal de aquel gigante complejo no durmiera como un acto de descanso que significaba.

Salió por fin del cuarto, y caminando rápido o más bien trotando hacia la izquierda, percibió cómo el camino se le hacía mucho más largo que la primera vez que lo recorrió, quizá por un factor de luminosidad por la débil iluminación de las habitaciones que proyectaban hacia el pasillo, o por el súbito hecho de sentir la presión de ser sorprendido en el trayecto. Sin infortunios llegó a la puerta. Se detuvo frente a ella un minuto, entre los flashes de pensamientos que atinaban a su mente de la cantidad de probabilidades que existían luego de cruzar, y la contradictoria decisión de desperdiciar tiempo frente al marco cuando fue a toda velocidad que concluyó en llegar.

Tomó la tarjeta en sus temblorosas manos, y observó el pequeño bombillo rojo a su lado antes de introducirla. Con dudosa decisión la introdujo completamente.

Nada pasó. Vino el susto, “qué pasa”, se dijo. La sacó y la volvió a meter. Todo igual. “¡Qué pasa!” se dijo nuevamente, sumido en un pánico de mil demonios mientras miraba para todos lados con los nervios hasta el desborde. Rápidamente la frotó contra la ropa, pensando que no era reconocida por suciedad. Suspiró y la introdujo una vez más. Pasó el bombillo entonces a azul. Y suspiró como se suspira luego de llorar por un largo rato.

Al entrar a la sala, como una partícula de materia que divaga por el universo, sintió un silencio enorme, casi inefable, incomprensible. La puerta, por medio de un sistema de cerrado automático sonó tras él. No volteó. La sala estaba completamente a oscuras: ni las pantallas, ni las luces de todos los botones estaban encendidas, no había rastro de vida tecnológica despierta en esa sala. Sintió un escalofrío terrorífico que le sacudió la espalda, y sin moverse, pensaba todos los posibles escenarios que se podrían dar. No entendía. Se supone que era la sala del mayor cuidado ante la negligencia en información sobre el complejo, pues era su mayor autoridad de vigilancia, con más de trescientas pantallas alrededor de la pérgola que rodeaba la habitación.

Entre pasos muy lentos y meticulosos, caminó hacia adelante intentando comprobar que no estaba loco. Pero la única locura fue esa. Escuchó un sonido y se detuvo inmediatamente. Con un nudo en la garganta que lo empezaba a estrangular, supo que nada de eso era indicio de cosas buenas. De nuevo el sonido, luego otra vez, hasta que se hizo claro que había más de un par de pasos en esa habitación. De la infinita oscuridad que rodeaba el panel de control central se mostró Constantine como acto seguido del sonido constante. Y Jacob estupefacto mirándolo a los ojos entre la escasa luz a la que ya se había acostumbrado, no dijo una sola palabra.

Constantine se acercó, no por mucho, y tomando una de las sillas de trabajo de la sala, con el espaldar de frente y los brazos posados en el tope, se sentó frente a él.

—¿Por qué, muchacho? Yo confiaba en ti— fue lo que salió de entre sus labios.

Sin saber que decir, y aún más con el nudo que se hacía más tenso, titubeó tanto que Constantine se rió de él.

—¿Qué es lo gracioso?— dijo por fin Jacob, tembloroso.

—Tú lo eres. Y patético también.

Entre el titubeo no salió nada más de su boca.

—Veo que eres bastante estúpido, demostrado por tus actos desconsiderados. Lo dejé en tus manos, y saliste con esto, una traición. Está bien. Mi error quizá fue pensar que realmente comprenderías la filosofía de la voluntad que se ejerce en este maravilloso imperio. Y pensándolo bien, fue mucha libertad, pero ahora pagarás las consecuencias.

Jacob en un acto reflejo se le fue encima, solo para que antes de poder tocarlo aparecieran de la nada, mezclados con la oscuridad por sus negros ropajes, dos

guardias de las FCB tomándolo por los brazos e inmovilizándolo. Constantine, se le acercó dándole un par de palmadas en la mejilla izquierda, y le dijo.

—Querías la ubicación de tu amigo Florence, pues te llevaré hasta él personalmente... aunque claro, primero te debo tu premio por la falta de obediencia.

Luego de la última palabra Jacob perdió la consciencia.

Dolorido, despertó en una habitación que nunca había visto o estado, y notó por lo menos que había pasado un día entero, debido a la hinchazón en las muñecas y tobillos causados por llevarlos atados, conectando con los extremos de las paredes. No llevaba ropa alguna, y las heridas que causaban el dolor estaban esparcidas por muchas partes del cuerpo. “Las consecuencias por desobedecer eran mayores que las recompensas por cooperar”, pensó. Entonces, asumió por descarte que quedaban sólo dos días antes de la celebración de aniversario, y no pasó mucho tiempo antes de que Constantine apareciera de nuevo.

Sonó el seguro y la puerta se abrió, era él. Caminó alrededor de Jacob por unos segundos, observándolo, como estudiándolo, sin decir nada. En eso estuvo un par de minutos hasta que se paró frente a la víctima.

—Este es tu premio por la traición —vociferó despectivo—, pero, lo prometido es deuda, así que te llevaré con tu amigo Florence que tanto anhelas ver.

Adelante, ordenó el hombre de las capas negras. Acto seguido entraron varios hombres de las FCB, y con maniobras astutas soltaron a Jacob de brazos y piernas, haciéndolo caer al suelo seguido de un gemido de puro dolor. Le dieron sus anteriores ropas, y como pudo entre estremecimientos y aflicción logró colocárselas. Se repuso en sí y partieron todos, a Jacob lo sujetaba Constantine.

Salieron de la habitación, subieron al ascensor y bajaron hasta la Planta Base, saliendo del edificio central. Justo al lado de un enorme tubo de cristal incrustado en la pared de tierra, en uno de los extremos de las puntas hexagonales de aquella gran ciudad, se encontraba la entrada a la cámara de gestación. Por fuera, los recibía una gran puerta de hierro que cerraba verticalmente uniéndose en la mitad, la cual atravesaron sin problemas gracias al sistema automático de Constantine.

Ya adentro, los guardias se mantuvieron a raya cubriendo la puerta de hierro, mientras Constantine y Jacob caminaron por un largo pasillo oscuro, con pequeñas luces blancas que recorrían el techo de un lado al otro. Sin soltar a Jacob, los pasos lentos pero sonoros transitaban por dicho pasillo hasta encontrar el final. En frente había una puerta de acero con aire de bóveda de seguridad impenetrable, y con el índice presionó unos cuantos botones, acto seguido la puerta se abrió hacia arriba: mostrando los pies, la cintura, el pecho y el rostro, todos sorprendidos y luego fuertemente desde adentro se escuchó un nombre ¡Jacob!

## **XII**

Como un acto del destino en donde el universo reúne dos piezas de un mismo rompecabezas antes de que se pierdan en su lecho de muerte, Jacob y Florence, luego de independientes odiseas, se reencontraron en aquella habitación de sumisión, sorprendido uno más que el otro, pero con el sentimiento mutuo de una ferviente pasión por salir del lugar. Como si lo hubieran preparado varias veces y practicado otras tantas, hicieron tal cual habían acordado sin miedo alguno que los detuviera. En aquel instante de la puerta abierta, el mismo Jacob, notando lo que iba a pasar a continuación y sabiendo que lo único que retenía eran las manos de Constantine, se volteó sujetándolo fuertemente por el cuello de la gabardina



negra, ejerciendo un apoyo para el plan del grupo, tomando —sin haberlo previsto— como rehén al máximo líder de aquel complejo.

Sin que los guardias sospecharan desde el otro extremo del largo y oscuro pasillo, entre los cinco lo sometieron tapándole la boca y sujetándolo por las extremidades, mientras la puerta de bóveda se cerraba lentamente por un sistema automático de suspensión. Cuando cerró por fin completamente, lo soltaron.

Ahora seis dentro, y uno como rehén, debían planear un movimiento definitivo para salir del complejo. Y como consecuencia de su acción debían tratar con quien los ha tenido ahí por tanto tiempo. Nadie decía nada.

—¿Y ahora?— preguntó John desconcertado luego de unos minutos.

—Él es nuestro pase de salida de esta pocilga— escrutó Anna con una ferviente actitud de odio.

Sin que nadie lo esperara, escucharon la voz del rehén.

—¿Y creen que colaboraré con su escape?

—Nadie te ha dicho que hables, maldita rata... cambio de papeles ¿no?— dijo Jacob.

—Nadie ha escapado de aquí en más de cuarenta años, y ustedes no serán los primeros, incluso daría mi vida si fuera necesario para que se mantenga el orden de este lugar.

—Parece que aprecias mucho este lugar, pero no hay que aferrarse a nada en esta vida, pues como bien tú has dicho darías la vida, pero luego de eso nada estaría en tus manos— salió Florence.

Y de último, como siempre, pero no menos influyente, dijo Alex.

—Hay que ser prudentes, pensar bien lo que haremos. Si tuvimos un plan y funcionó podemos tener otro que funcione también. Así que dejémonos de tonterías y planeemos lo que vamos a hacer— firmemente indicó.

Todos estuvieron de acuerdo y antes de tomar ninguna decisión, amarraron al rehén de manos, piernas y taparon la boca con un par de trapos. Pensaron que no pasaría mucho tiempo antes de que notaran que lo habían raptado, así que actuaron rápido. Lo dejaron en una esquina y se reunieron en otro extremo de la habitación. Inmediatamente Jacob explicó su plan que venía con la llegada de la Luna Azul, dentro de tres días. Explicó todo lo que el mismo Constantine le había dicho y lo que desarrolló luego, en donde esperar que cayera la segunda noche del festival de aniversario era esencial, para quebrar un disfrute que esperarían y el espectáculo lumínico a partir de la luz azulada que rompería a través de los espejos alineados por todo el complejo. Y bam, sorpresa, un solo espejo roto y no habría luz absoluta en toda la ciudad.

Había sido precipitada la decisión, pero nada más conciso pudieron proponer, estaban faltos de ideas y fatigados por tanto ajeteo de los últimos días. Pero la incertidumbre de la espera había acabado, por lo menos en el primer plan, y ahora el reloj biológico agitado esperaba con ansias el aniversario. Decidieron mantener el orden de la habitación, haciendo guardias para cubrir el tiempo. Como dos del primer grupo sufrían aún de aquel malestar general que les había atacado, durmieron, y John y Florence por ser los últimos en cubrir, decidieron cederle el turno al nuevo, Jacob, aunque con desconsideración por el estado que había recibido del castigo. Tendría que vigilar al rehén y estar alerta de los guardias cuando vinieran, además de tener que lidiar con su propio estado de cansancio.

Con esfuerzo habían pasado ya un par de horas cuando escuchó un sonido, “viene de afuera”, pensó, pero al fijarse bien notó que el ruido venía de la misma esquina donde Constantine estaba amarrado. Se levantó cauteloso, sin despertar a los demás. Al acercarse a la esquina percibió cómo el rehén intentaba decir algo, moviéndose de forma quisquillosa. Jacob le quitó el trapo que le impedía hablar, y lo sentó.

—Casi me asfixio— dijo agitado.

—No lo tenías en la nariz, podías respirar ¿qué pretendes?— respondió él.

—Nada muchacho, lo aseguro, igual no podría hacer nada desde esta habitación.

—¿Qué quieres decir?

—Pues, desde adentro no se puede hacer nada, solo se abre con la contraseña que tengo, y a decir verdad, asumo que los guardias deben pensar que estoy haciendo algo importante para que aun no hayan aparecido.

—Ahora eres solo un rehén, así que acostúmbrate.

—Si nadie puede salir, entonces estamos en igualdad de condiciones.

—Yo no estoy amarrado, ni tampoco tengo a cinco personas en mi contra con un profundo sentimiento de rencor hacia toda esta basura, lo cual te puede salir muy caro si no te comportas, ya te lo dije, cambio de papeles ¿no?

—Calma muchacho, es verdad tienes razón.

Hubo un silencio, rumoroso, como el sosiego antes de la tormenta.

—Veo en tus ojos la viva imagen de tu madre.

—¿Mi madre, qué tiene que ver mi madre en esto?— dijo alterando el tono.

—Tu madre... la recuerdo muy bien.

—¡La conociste!— dijo definiendo su arretrato.

—Claro que la conocí, y nunca la olvidaré. Por eso te aseguro que eres su viva imagen. Y sabiendo que eres como ella, creo que fue un completo error haberte traído hasta aquí.

—¿A qué te refieres? ¡Habla!

—Muchacho, mi nombre, no es aquel que te dije el día que nos conocimos, te mentí por conveniencia. Mi apellido es Meller y tu madre era mi amada. Tú eres mi hijo y mi sangre corre por tus venas.

Como dos imanes en polos igualmente equivalentes, se levantó de golpe de aquel frío suelo con la cara llena de incongruencias en su neta expresión, alejándose con lentos pasos hacia atrás y sin importar la singular algarabía, discrepó.

—¡Mentiroso —gritando—, solo es un juego mental para que te libere, sucia rata!

Por obra del cansancio y de los malestares, los demás no despertaron, de alguna manera conveniente para él porque en un pensamiento de acto reflejo reconoció que quería respuestas, y tener que lidiar con los otros cuatro sería más complicado de lo que parecía. Constantine sin emitir una palabra, lo observaba en su antes ferviente y luego inanimada emoción.

—Siéntate muchacho, tanto tú como yo sabemos que no miento, ya te lo dije, de aquí no se puede salir si no es desde afuera y aunque los guardias notaran mi ausencia no podrían hacer nada hasta veinticuatro horas después de abierta la puerta, así que no lograría nada liberándome.

Dudoso, pasaron un par de decenas de segundos antes de ceder a su petición de acompañarlo en el suelo. Por fin se sentó, y sin pedirlo Constantine dijo lo que quería escuchar.

—Cinco años antes de la *última guerra*, cuando tú solo tenías dos años, tu madre y yo nos separamos por razones maritales. Yo era demasiado ambicioso y me había vuelto arrogante y ella siempre tan fiel a la vida y sus ideales como aquellos que mueren por protegerlos. Ella sabía de mi proyecto, que ya tenía 12 años de creación. Es cierto, ha habido cambios que han venido con los años, el complejo era una medio de protección ciudadano a largo plazo para fines que ya todos conocemos, pero con el tiempo las cosas cambiaron, estuve solo y me volví rígido con el mundo, egoísta y orgulloso, todas estas descripciones que hacen al hombre más despreciable. Y ella nunca lo apoyó, siempre fue discrepante de este gran proyecto de vida.

Mientras se construyó estuvimos viviendo grandes arquitectos e ingenieros aquí abajo, no muchos, unos cuantos de cientos que tenían un propósito en común por una filosofía de vida en común, pero es cierto, cuando te cierras a una sola idea por mas buena que parezca, terminas corrompido. Mientras todos poníamos en práctica nuestra más ferviente fe en el proyecto, quitábamos un poco más de humildad de nosotros mismos. Nunca más volvimos a salir de aquí. Y cuando las cosas se encontraron en el punto crítico en el mundo de la superficie, creo que ya tan corruptos y hostiles, decidimos reclutar gente para someterla a trabajar por esto que llamamos la *voluntad del ser*. Algunos lo habían comprendido, y siempre

hubo gente como ustedes: luchadores y esperanzados de un mundo realmente libre, como la palabra misma los identifica y define. Pero creo que nos engañamos a nosotros mismos pensando que entendíamos algo que nosotros creamos, y no funciona de esa manera. La voluntad no es algo que podamos controlar, pero claro, los adoctrinamos hasta el punto que no sabían quiénes eran; la voluntad nace del alma, esa cosa que no tiene nombre que es una flama conectada a todas las partículas del universo y que tiene una voz ineludible, una voz que te persigue y te atormenta hasta que le haces caso, una voz que sabe que tiene una razón sin razón, una voz que te habla y tú quieres pero no te permites escuchar, eso es la voluntad. Hemos hecho mucho daño de lo que pretendía ser un proyecto de trascendencia histórica. Hemos fallado como humanos.

Hubo un respiro, una pausa, un azote en el tiempo.

—Y en el fondo, tu madre lo sabía, de ese instinto o sexto sentido que poseen algunas personas. Quizá por eso no confió. Pero para escucharla había sido muy tarde. Y me equivoqué. Cuando Eveline murió yo lo supe, y no hice nada.

—¡Explícate!

—Yo nunca volví a verla, y diecisiete años más tarde de la separación cuando enfermó, pues, el medicamento que pudo haberla salvado estaba recién terminado en los laboratorios del complejo, pero nunca fui a llevárselo, por el maldito orgullo, por el ego en su máxima expresión diciendo “tenías razón, ella pudo salvarse si hubiera venido contigo” pero no hice nada, mi consciencia era irreparable.

—¡Eres una basura, tú la amabas, eres peor que eso, eres escoria, no vales nada!— dijo Jacob desahuciado de mente y alma.

—Podrías matarme y no haría la diferencia.

—¡No! Yo no te mataría, eso me convertiría en lo que eres tú, porque para mí no hay distinción entre matar y dejar morir. Aunque si murieras la diferencia sería un mundo mejor.

—Quizá podría cambiar, quizá si me doy una oportunidad a mí mismo, y a la vida. Podría redimirme, y ayudarlos a salir.

—Eso implica confiar en ti, y no tienes que lidiar solo conmigo, somos cuatro más aparte de mí.

Un momento más tarde, estaban reunidos todos en el centro de la habitación exponiendo lo que Constantine había propuesto. Nadie confió al principio, la reputación de megalómano despiadado que había adquirido no sería sencilla de omitir de un segundo a otro, pero la idea en general de salir de allí les daba un empujón a la oportunidad. Como no se decidían, tomaron la iniciativa democrática de levantar la mano según quien estuviera de acuerdo y no los que no, Constantine no contaba, así que entre cinco debían decidir. Dos manos arriba por parte de Jacob y John dejaban la contienda tres contra dos; si alguno de los restantes levantaba la mano, sería la oportunidad de abrir la mente a la incertidumbre de si el rehén estaba diciendo la verdad o no, era el momento de

arriesgarlo todo conservando la fe en una pronta libertad. Un ambiente tenso pobló la habitación, hasta que Anna decidió colocar a Constantine como refugiado de una idea subiendo la mano, y dejando en evidencia a quienes no confiaban en absoluto en este nuevo plan. Florence protestó.

—¿Cómo sabemos que no nos traicionará?— dijo ahogado en la euforia.

—No lo podemos saber, sólo podemos confiar— respondió Jacob.

—¡¿Sólo porque te dijo que quiere cambiar?!— volvió Florence.

—Entiendo que no confíen en mí, por lo menos dos de ustedes, pero como dice el chico, solo pueden confiar, teniendo una incierta disposición del futuro, pero como dice el proverbio: quien no da una oportunidad, no cambia el mundo.

Con cara de desilusión e inseguridad se apartó del centro y se sentó solo en una esquina, diciendo desde lejos.

—Si las cosas no salen como queríamos, quedará en sus consciencias.

Terminaron la sesión, y todos se fueron a dormir.

## **XIII**

### **Celebración de aniversario: día 1**

Los días pasaron como rayo, y tal como Constantine había pensado, ya los guardias de las FCB y FCA estaban tras él buscando liberarlo de los raptos, sin tener en cuenta que este se había vuelto un traidor colaborador. Derek Kleinman —segundo jefe de resguardo después de Constantine—, alto, de torso amplio y mentón cuadrado, ahora a cargo del mando de los guardias de seguridad tenía un plan para mantener el orden del complejo y sacar a Constantine “ileso” del lugar, añadiendo a su tarea la presión de conservar la discreción en sus movimientos,

pues si se permitía el mínimo margen de error podría causar incertidumbre en la confianza de la seguridad de los ciudadanos, transformando el orden en una crisis social dictada por el caos, considerando que ya había empezado el aniversario 45 del complejo.

Ahora los seis dentro de la *Cámara de Gestación*, seguros de su plan, y resguardados en la idea de que la puerta sólo se abría desde afuera con la contraseña de Constantine, se habían llenado de coraje para afrontar lo que antes solo un plan, ahora se había convertido en la ejecución, y todos esperaban el momento de la única posible solución de parte del señor Kleinman: una negociación oral. Sin más, apareció tras la puerta del lado de afuera con una horda de guardias tras él, dando fe a las habilidades de locuacidad implementadas por sus profundos entrenamientos como guardia de las FCA.

—Vengo en paz en nombre de la tranquilidad del complejo a ofrecer un trato de negociación— dijo Kleinman.

Por instinto, sabiendo que era el más indicado, Jacob agarró al toro por los cachos tomando la iniciativa en la negociación.

—Sólo tengo en mente un propósito— respondió nervioso.

—¿El qué?— preguntó inocente.

—¡Nuestra libertad!

—Entiendo, pero no es tan sencillo muchacho, verás, mi misión aquí no es que accedan a salir bajo mis condiciones, pues de mí no depende abrir esta puerta, sino del único capaz, conocedor de la contraseña que habilita el seguro para abrirla, el señor Constantine.

Las miradas de Jacob y Constantine se cruzaron.

—¿Y qué pretendes?— preguntó Jacob.

—Teniendo en cuenta que lo primordial para el complejo es la seguridad de su máximo líder, mi plan es que accedas a permitir al señor Constantine compartir la contraseña conmigo para yo abrir desde afuera, bajo las condiciones que ustedes impongan.

—Eso suena muy bien, pero de igual manera no tengo garantía de lo que dices, es tu palabra por la mía y no creo en ti.

—Comprendo tu punto, pero alguno de los dos tendrá que dar su brazo a torcer para solucionar esto.

—Y tanto tú como yo sabemos bien quien será— dijo tomando confianza de la situación, Jacob.

—Escucho tu propuesta.

Se volvió hacia el grupo y habló sin que Kleinman escuchara.

—Seguiremos el mismo plan, pero ahora conseguiré tener unas cuantas ventajas para resguardarnos.

—Yo sólo espero que salgamos de aquí— respondió Florence terco.

Todos confiaron en él sin protestar. Se volvió hacia la puerta y con plena seguridad expresó.

—Primero, ordena a tus guardias que se retiren, y me refiero a que realmente desaparezcan. Segundo, vas a ordenar a través del alto parlante, a cada uno de los ciudadanos que el primer día del aniversario ha sido cancelado y que hay toque de queda. Y por último cuando estos dos pasos hayan sido cumplidos nos encontraremos en la Sala de Control Metropolitano.

—Lamento no acceder a la segunda propuesta.

—Exigiste mis condiciones y te las di, si no las aceptas no llegaremos a nada.

—Por el bien de ambos deberías coincidir conmigo en que la segunda propuesta no es una buena idea, en cuarenta y cinco años nunca se ha detenido una celebración de aniversario por ninguna razón, si eso sucede ahora podría haber grandes consecuencias tanto para ti como para todos en este complejo.

El sosiego se apoderó de la escena un minuto, mientras Jacob pensaba. Luego de darle vueltas a la cabeza supo que debía acceder, pues la segunda propuesta no vería afectado el propósito que quería, aunque afectaba a una nueva idea que había surgido en su cabeza, donde precisamente requería desorden y caos. Pronto se dispó.

—Tenemos un acuerdo.

—Perfecto, ahora la contraseña— dijo Kleinman.

—Primero retira a tus hombres.

Se escuchó como lentamente una marcha de varias decenas de botas se iban alejando con cada segundo. Luego se volvió hacia Constantine haciendo un ademán y este se levantó, acercándose a la puerta y dando varios golpes con intervalos de silencio, cada cantidad de golpes era un número. Cuatro golpes... ocho golpes... siete golpes... un golpe.

Kleinman entendió y antes de marcar escuchó una vez más a Jacob.

—Luego de marcar espero no ver nada más allá de la puerta.

Cuatro sonidos se escucharon frecuentes y segundos luego la puerta ya estaba arriba. No había nadie en el largo pasillo bañado en la luz de los bombillos blancos. Lentos y cautelosos caminaron por el pasillo en una formación beneficiosa, dejando a Jacob al frente, segundo John, luego Anna, Constantine y en la retaguardia Alex y Florence que mantenían vigilado al “rehén” por la total falta de confianza, ayudando a evitar que por cualquier razón intentara hacer algo. Salieron de aquel lugar pasando por la gran puerta de hierro, dejándolos expuestos en la ferviente escena que era la plena celebración, con las calles

llenas de carrosas, gente por todos lados disfrutando de diez años más de aquella filosófica idea de la *voluntad del ser* que les habían impuesto. Y siendo la *Cámara de Gestación* uno de los lugares más retirados de aquella gran ciudad situada en uno de los extremos del gran hexágono, tuvieron que ingeniárselas para llegar al edificio central sin complicaciones. Una gran satisfacción para los seis fue que en ningún punto del trayecto la gente notara la presencia de su mayor líder rondando por las calles, pues lidiar con cientos de personas en un momento así no dejaría nada bueno, muchas preguntas, una algarabía prolongada y un plan arruinado.

Luego de un par de horas, mucho caminar y varios descansos alcanzaron la gran torre, el edificio central que al igual que la ciudad no mostraba rastro de ningún tipo de guardias. Entraron con precaución a sabiendas del trato y de la posibilidad de alguna trampa por parte de Kleinman. Bajo el manto de unas débiles luces blancas fueron recibidos en el interior, eran luces de emergencia, pues el edificio no parecía mostrar rastro de electricidad; estaba desierto, todo bajo mucha calma con el lejano y engavetado sonido del barullo de afuera.

—¿Qué es esto, qué pasa?— dijo Florence gritándole a Constantine mientras lo sujetaba por el cuello.

—Cálmate— dijo interviniendo Jacob.

Instantáneamente lo soltó.

—¿Por qué no hay luz?— preguntó luego.

—Hay un sistema de protección energética que se necesita precisamente cuando hay una falla de energía, quizá se esté viendo afectada por la gran cantidad que se usa para el aniversario, el problema es que ese sistema también se puede implementar de manera manual.

—Lo mejor será asumir que lo provocaron a propósito.

Fueron por partes verificando cada esquina y el ascensor que estaba muerto. Sabían que algo les esperaba. Siempre precavidos, subieron por las escaleras al final de un pasillo oscuro y sombrío. En cada piso era igual, aspectos sombríos bajo las sombras de pobres luces blancas tornando a azul. No se detuvieron a revisar cada habitación pero era evidente que no había nadie. En el piso de la Sala de Control Metropolitano las escaleras se mostraban en el lado opuesto de la entrada, justo al lado del ascensor. Siguieron caminando mientras visualizaban cada puerta de cada persona que había estado recluida ahí, y ahora todas desoladas, incluyendo la habitación donde estuvo Jacob. Al finalizar se posaron frente a la puerta de la SCM y mientras pensaban cómo abrir sin energía que identificara una tarjeta notaron que no estaba cerrada, sino sutilmente recostada. Y en retrospectiva se vio Jacob, recordando en los días anteriores cómo fue capturado, pero ahora acompañado y enfocado en su plan.

Lentamente y sin romper la formación entraron a la sala, en esta no había incluso ni luces de emergencia, viéndose consumidos por una especie de ceguera negra por tanta oscuridad, pero Jacob la reconocía, Jacob podía ver a través de aquel espeso manto negro. Se acercaron al centro, algunos tropezando, algunos no, y



todos ahora sujetados del hombro del siguiente. En ese momento se encendieron de la nada las luces mas blancas encandilando a todos, y siendo Florence el más desconfiado y quien tenía sujetado a Constantine, lo tomó por el cuello en una llave de brazos estrangulándolo con levedad, respaldado por Alex.

—¿Qué haces?!— dijo forcejeando Constantine.

—Me aseguro de que no hagas nada estúpido.

Nadie se opuso a su acción pues en el momento de la luz todos se unieron en la inquietud. Y en una absurda irritante tensión todos vieron cómo Kleinman salió de detrás del curvado panel de control, tal como Jacob había ya visto a Constantine una vez. En guardia cada uno dirigía su mirada directo hacia él, en cuanto empezó a hablar.

—Aquí estamos, ahora libérenlo— dijo.

—No tan rápido, primero hay una última condición— respondió insinuando.

—¡Ese no era el trato, burdo traidor, suelta a Constantine ahora!

—No estás en la mejor posición para andar pegando insultos, así que haz lo que estoy por indicarte.

En el escenario de cinco contra uno no tuvo opción más que acatar aquello que se había convertido en orden al tener un estímulo por el cual obedecer.

—Acércate al panel de control y con mucho cuidado levanta la bocina del alto parlante y repite después de mí— ordenó Jacob.

Aquel parlante yacía en el centro de la plaza en lo más alto de un asta y otros cientos de pequeños parlantes esparcidos por todo el complejo que tenían la tarea de hacer informes orales en un sistema de sonido simultáneo para los ciudadanos.

—Señores habitantes de lo que llaman Nuevo Gran País... Hoy, primer día de celebración por el aniversario del complejo, se hace este anuncio, quizá el más grande de la historia del mismo, porque hoy se está bajo ataque... hoy, se ha roto el sistema de seguridad del complejo que los mantenía a salvo de cualquier calamidad, y la razón de esto es un profundo sentimiento de libertad de gente como lo son ustedes, gente que ha sido traída aquí sin el furor de la real voluntad, y con el tiempo impuestos sobre lo que pensaban y creían, y en donde ahora solo creen en algo que ni ustedes mismos saben lo que es. Hoy y por el esfuerzo de cinco personas que no dejaron de creer en sus ideales, el complejo se ve amenazado con la muerte de su máximo líder, Constantine Meller, el padre de la misma persona que hoy los amenaza...

Hubo una pausa incrédula por parte de Kleinman y prosiguió...

... y que hace este anuncio en nombre de todo aquel que lo escucha, por la ferviente creencia de que esa hipnosis inducida a la voluntad de cada uno de ustedes se puede romper, solo preguntándose si lo que ven es realmente lo que es... y si...

De la nada Constantine habiéndose desligado de los brazos de Florence como pudo, rápidamente corrió directo a Kleinman quitándole y arrojando con agresividad el parlante, rompiéndolo contra el suelo. Un chirrido de frecuencia se escuchó fuerte, y pasó.

—¡Ya basta, se acabo el juego!— gritó alterado el que ya no era un rehén.

Sólo quedó el sosiego de la sorpresa de la doble traición.

—¡Yo nunca estuve de su lado, incautos, solo un imbécil hubiera traicionado lo que él mismo construyó con sus manos!— agregó.

La tensión era hasta palpable. Ahora Constantine y Kleinman juntos sabían que no había nada que los detuviera para proceder contra el grupo. Se acercó Constantine al panel, dando pasos en retroceso para que el campo de visión no se viera afectado, mientras palpaba con la mano, hasta que encontró lo que buscaba aquella palma. Un botón del tamaño de una manzana presionó aquel de la doble traición, y simultáneamente aparecieron los sonidos y las rojas luces de una alarma que representaba el peligro, donde acto seguido de puertas frontal y posterior de la sala llegaron guardias de las FCB. Sonrió viendo al grupo, sumergido en lo que creía una victoria. Aunque pronto las alarmas se apagaron y las pantallas del panel igualmente simultáneas se encendieron alineándose para mostrar una sola imagen. Aquella imagen tétrica captó la atención de todos, ni los guardias ni los siete en la SCM pudieron ignorarla. En el gran marco se mostraba un escritorio y la silueta negra de alguien sentado en él, que en tanta clama inmediata se escuchaba su respiración.

—¿Por qué tanto escándalo?— preguntó la silueta con voz longeva.

—Señor... yo...— respondió Constantine.

—Era una pregunta retórica, inútil —prosiguió—, es obvio que todo está fuera de su lugar, todo se ha salido de control, y toda la responsabilidad recae en ti, porque por tu descuido ahora la gente allá afuera anda haciendo algarabías, por no saber controlar la situación has provocado una condición de pánico. Eres un inútil.

—Señor, le prometo...

—¡Silencio! —interrumpió de nuevo— ¿Quién está al mando de este desorden?

Nadie dijo nada.

—Seré más específico, de ustedes cinco en el fondo ¿quién está al frente de todo esto?

Y con un respeto inducido de nadie sabe dónde, Jacob respondió.

—Yo, el plan es mío— dijo a la gran pantalla.

Los demás callados.

—Entiendo, tienes agallas muchacho, y tus agallas te han hecho ganar una audiencia conmigo.

—¿Quién eres tú?

—Ya lo sabrás. Ahora quiero que escuchen con atención, este muchacho va a venir al Centro de Operaciones Hermético, y los guardias de las FCA lo van a orientar, y mientras eso sucede, su grupo de liberales tendrá resguardo concedido por los guardias restantes ¿Entendido?

—Entendido, señor— dijo despidiendo un suspiro Constantine.

Jacob se dio la vuelta, susurrando al grupo rápidamente.

—El plan continúa, si la Luna Azul llega sin que yo haya regresado, tendrán que actuar sin mí.

Los cinco, entre miradas dubitativas, asintieron.

## **XIV**

### **Celebración de aniversario: día 2 - Luna Azul**

Prácticamente escoltado por los guardias de las FCB, salieron de la Sala de Control Metropolitano directo hacia el ascensor al otro lado del pasillo. Entraron. Jacob atento de los guardias. Uno de ellos presionó un botón, era el primer piso. Cuando llegaron Jacob intentó salir del ascensor pero pronto lo detuvieron.

—No nos bajamos aquí— dijo un guardia.

Se cerró de nuevo la puerta y otro que no era el que lo había detenido desatornilló un par de tuercas que había en el panel de botones del ascensor. Abrió. Había un botón grande de color blanco, lo presionó y luego el ascensor volvió a emprender su marcha, pero ahora hacia más abajo. El centro de Operaciones Hermético yacía quinientos metros más abajo de la planta base, y hacia ahí se dirigían. Al llegar un guardia lo empujó y Jacob salió disparado del ascensor.

—Este es tu piso, amigo— dijo uno.

Luego el ascensor se esfumó entre las puertas que cerraron paralelamente ante él. Quedó sólo y sosegado ante un pasillo más de tantos que ya había visto de aquella ciudad. Este era blanco, resplandeciente de la luz que no dejaba ningún rincón ausente de iluminación. Al final había una puerta. Y caminó. Había varias cámaras de suspensión en el aire que decoraban el pasillo con su mera intención de vigilia y algunos cuadros negros en el suelo de cerámica. Se paró frente a la puerta y tocó. Por un sistema de intercomunicación a través de un pequeño parlante en la pared le avisaron que podía entrar, que lo estaban esperando. Este, tímido e intranquilo de lo que esperaba tras la puerta, entró.

Lo que vio fue una gran sala, enorme, con bombillos en el suelo, como en unas cajitas circulares que brillaban de luz, y se le iluminaba el mentón. El techo yacía oscuro como la noche. Era raro, nunca había tenido la luz debajo de él, y dificultaba en su caminar porque obstaculizaba la vista. Caminó hasta encontrarse con un escritorio y un viejo sentado en él: el señor Aaron Becher, un anciano de aproximadamente 90 años, con su rostro totalmente arrugado y vestido en un fino traje negro que parecía gamuza, le dijo.

—Te esperaba, muchacho, toma asiento— dijo con temblorosa y longeva voz.

Entre las luces del suelo, el techo negro y el viejo, se creó un ambiente de intimidación hacia Jacob, que en dos sillas y siendo separados solo por un escritorio en medio de una sala llena de nada, comenzaron a conversar.

—¿Te gusta el café?— preguntó cordialmente.

¿El café?— respondió Jacob con una pregunta.

—Sí muchacho, una bebida de color negro y vigorizante para el cuerpo.

—Hace mucho que no había oído hablar del café, y creo que no es el tema a discutir.

—¿Y cuál es el tema?

—La vida, quizá— respondió este.

—¿La vida?

—Sí, aquella que no se compra ni se acomoda a los gustos de alguien más por adoctrinamientos como la voluntad del ser.

Entiendo— dijo riendo.

—Todo esto es un error, todo esto tiene que parar ya, no sabes todo el daño que le haces a esas personas y ellos ni siquiera lo saben.

—¿Daño?! Daño hacían todas las industrias, los diferentes y rebuscados estilos de política y estilos de vida de la generación pre-guerra, eso sí era un insulto a la vida, pero esto es algo que no se había visto en la historia de la humanidad y un muchachito tonto como tú no lo estropeará.

—Yo sólo quiero salir de aquí.

—Quizá salgas, quizá no.

—¿Eso qué significa?— preguntó Jacob inquieto.

—Que depende de ti salir o no.

—¿Y para qué es esta “audiencia” tuya que con tanto honor me gané?

—Para que cambies tu opinión, veo que te has curado bien del último castigo en el salón blanco.

—¿Y qué me harás?

—Sólo quiero hacerte entender que este método de vida que hemos implementado es el más considerado para la humanidad actual, y poco a poco iremos adaptando y reclutando más gente que queda en la superficie para que por fin haya un único estilo de vida y lo más importante, paz, que todos por fin y de una vez por todas quepamos en el mismo círculo vital— dijo aquel longevo veterano del complejo.

—Estás atacando en contra del sistema natural del universo, el mundo funciona así, es un balance, y así debe permanecer, lo único constante en todo lo existente es el cambio y eso no lo puedes evitar. Algún día una revolución explotará contra el complejo y se acabará todo, como hoy está sucediendo.

—Eso se acaba hoy, tu padre y yo hemos hecho hasta lo imposible para construir todo lo que ves, y él ya te lo ha dicho, no dejaremos que lo arruines— dijo Becher de manera hostil, pasando de la risa a la ira.

—Podrá ser mi padre, pero lo bueno y lo malo está separado por una línea inquebrantable y eso tarde o temprano se comprueba ante el pecador— dijo Jacob con un suspiro en la garganta.

En ese momento, desde el suelo, aquellos discos luminosos abrieron el cristal horizontal que los mantenía encapsulados, y de ellos unos artefactos eléctricos desprendieron cargas de alto voltaje hasta el cuerpo de Jacob sin que lo pudiera evitar, dejándolo desmayado en el piso. Luego, hubo un sueño.

*La noche atrapaba el todo. El todo era borroso. Alguien caminaba a un costado y tomaba la mano de aquel. Y volaba, hacia lo eterno, lo infinito de la noche, aquella oscuridad que todos temen, a la que todos pertenecemos, aquella a la que todos le huimos. Esa noche que se convierte en día cuando no lo pensamos, cuando no nos amarramos. Y llegaron a la luz, arrojando grandes verdes terrenos con la*

*vista, cielos despejados con el azul del mar rebosante, y gente que volaba de un lado al otro. Aquel al costado lo tomó fuerte y lo llevó a algún sitio hermoso. Y llegaron ante una gran luz ¿el sol, quizá? Quizá, pero sólo quizá. Era una luz que no le adormecía los ojos, sino una la cual le seducía para verla. Y la luz tenía manos también, y tenía cuerpo, tenía cara, y tenía ojos; y lo miró. Se miraron profundamente como en el letargo de un par de amantes, y por fin entendió, y su mente voló más que él, y se fue hasta lo perenne para alcanzarlo más tarde. Y aquellos verdes terrenos rebosantes de entendimiento brillaron un poco más, con la luz de aquel entendedor. Y se fue, a seguir volando, a ser infinito entre los rayos de aquella luz, entre los verdes ropajes de aquellos campos y azules cielos de aquel espacio, ¿y todo eso? ¿la muerte, quizá? Quizá, pero sólo quizá.*

## **XV**

### **Celebración de aniversario: día 3**

*Al despertar, vio todo blanco, con lentitud abrió los ojos y recuperó el consciente. Yacía en una cama, a su lado unas cuantas máquinas, tubos intravenosos hasta sus brazos y un sonido de “beep” incesante entre intervalos de tiempo. Se sacó todo inquieto y se sentó en el borde de la cama. En ese momento alguien entró a la habitación. Florence.*

*—Por fin despiertas— dijo.*

*Hubo un silencio.*

*—¿Qué sucedió?— preguntó Jacob desentendido.*

*—Estuviste inconsciente por dos días.*

*—No entiendo nada.*

*—Y no lo harás, por ahora, debes descansar y más adelante te contaré todo.*

*—Lo último que recuerdo fue haber estado hablando con el anciano y luego ya nada.*

*—Debes descansar.*

*—¡Dormí durante dos días, ya desperté, dime ahora!*

*Florence quedó sosegado ante la actitud de Jacob, pero prosiguió con la petición.*

*—Mientras tú hablabas con aquel anciano, Becher, en la ciudad se vio afectado el aniversario del complejo y con él sus habitantes, produciéndose una revuelta por todo lo que ordenaste decir a Kleinman, todo aquello tuvo un incentivo en la cabeza de todas estas personas que fueron adoctrinadas por tanto tiempo, y supieron que algo estaba mal, algo estaba sucediendo, habían despertado por fin, y tú fuiste ese incentivo necesario. Quisieron respuestas y llegaron juntos hasta el Edificio Central. Eran miles de personas bajo la luz de aquella luna azul que se había posado imponente en el cielo, que penetraba desde la superficie y que sin la necesidad de los espejos la luz recorrió gran parte de la ciudad, en conjunto con el pánico que acechaba a todos, pues nunca vieron antes tanta gente junta y agresiva. Era escalofriante. Lo apreciábamos todo por las pantallas de la Sala de Control Metropolitano y vimos como poco a poco fueron tomando el edificio central y todos los edificios de la ciudad, todo se volvió un caos, haciendo que incluso los guardias de las FCB y FCA se pusieran de nuestro lado. Un par de guardias nos llevaron luego al Centro de Operaciones Hermético, donde tú estabas y te encontramos tirado en el suelo. Luego de eso todo acabó, así, sencillo, entre tanto desorden no hubo manera de detener a tantas personas en esas circunstancias y los demás sólo desaparecieron: Constantine, Kleinman, el viejo Becher, incluso aquel psicoanalista que nos estudió en los primeros días y el resto de los trabajadores de los cuatro sectores, no los vimos más luego de la revuelta, y hasta entonces no han aparecido. Pero estás débil y debes descansar por ahora.*

*Perplejo y sin entender, con el rostro inmerso en la confusión, Jacob no emitió ninguna palabra, pues no las había. Florence salió dejándolo sólo. Pasaron las horas y sin salir de la habitación, en aquella que fue la suya desde el inicio, se recuperó lentamente. Luego, inherente buscó la SCM por alguna razón, la razón de sentir que aquel cuarto era el centro de todo, quizá. Caminó directo a él y al entrar estaban todos reunidos. Alex, Anna, Florence y John. Inmutado no supo qué hacer. Pero las invitaciones a entrar no fueron en vano.*

*—Ya te sientes mejor, por lo que veo— dijo Anna con ánimo.*

—Sí, un poco— respondió él.

—¿Y estás listo?— preguntó Florence.

—¿Listo para qué?

—Para irnos de aquí— dijo Alex siempre altanero.

—¿Irnos?

—Era lo que habíamos estado buscando— volvió Florence.

—Éramos prisioneros, ahora somos libres de hacer lo que queramos ¿o no es así?

—Es cierto, pero creemos que estar aquí no nos hará bien, de alguna manera haber pasado por aquí nos afecta traumáticamente y recordarlo no es correcto, todos concordamos en eso, además nada tenemos que buscar en este lugar.

—¿Y toda la gente, qué pasará con ellos?— preguntó de nuevo.

—Ellos han estado aquí por mucho tiempo, ya sabrán como arreglárselas, pero no es nuestro problema, nosotros debemos ir a la superficie— respondió de nuevo Alex.

—Sin alguien que los guíe todos morirán de hambre, serán miles de vidas tiradas a la nada por un acto simple y egoísta.

—¿Y qué propones?— intervino Florence.

—No lo sé, hay que pensar en algo— respondió Jacob.

Florence se le acercó y lo apartó del grupo, con la mano en el hombro y entre susurros expresó.

—Ya habrá tiempo de pensar qué hacer con todo esto, aquí hay comida suficiente para un tiempo, y mientras la haya no habrá problemas entre los ciudadanos del complejo, además no creo que quieran ir a la superficie, después de tanto tiempo se sentirán mejor aquí.

Jacob calló. Nadie dijo una palabra por un rato y luego de ser insistido accedió subir a la superficie con los demás. En un reflejo y antes de partir por fin, quiso subir al último piso, y fue. Se paró en la estructura cristalina y observó la ciudad desde lo más alto, tras el vidrio y pensó, “han hecho vida”.

Minutos más tarde se encontraban todos en uno de los seis grandes tubos viales a la superficie, el recorrido relampagueante duró menos de dos minutos de la base hasta el tope. Se materializaron rápidamente ante la ciudad, aquella acogida por el deterioro póstumo a la guerra, pero lejos, siendo un sol de media tarde el anfitrión que los arrojó de golpe encandilando sus ojos. Caminaron durante algún tiempo y llegaron encontrando todo en su lugar, tal como lo recordaban. Luego más lentamente se adentraron entre los escombros y los edificios que medianamente quedaban, sintiendo el tiempo lento y el ambiente pesado, un par de ellos



*recordando todo y los otros tres identificándose con todo aquello que entraba por sus pupilas. Cuatro contentos, uno pensativo.*

*Jacob miraba todo con nostalgia, no sabía qué sentir, pues no sentía estabilidad alguna entre sus emociones, sentía que dejaba algo atrás, algo autóctono, algo de él. Pronto se acomodaron en la plaza hexagonal haciendo suyos el tiempo y el espacio. La gente los miraba, se los comían con los ojos como los búhos atrapan las noches. Pero solo luego de un rato y debido a la atención de Alex, como efecto dominó todos lo notaron, y en una tensión de mil ojos acechando lo incomprensible se tuvieron que ir; Jacob partiendo directo a su lugar dejando a los demás divagando en la ciudad. Como una bala le atinó al primer edificio con sus ojos y subió a aquel lecho con gran velocidad, pero como rayo se detuvo ante aquella habitación que siempre lo despertó de cada sueño con su madre. Estuvo un momento inmóvil, había pasado mucho tiempo, no conoció nada antes del complejo y la extrañeza lo agobió. Vio por la ventana y notó el gran hotel, el mediador entre las primeras palabras cruzadas con Constantine en aquel monótono día.*

*Corrió veloz a través de toda la ciudad, corrió como la primera vez que se cruzó él en su camino hacia ese lugar. Y llegó incluso antes, o quizá eso pensó. Entró al lobby, subió todos los pisos y entre las fotos de su memoria recordó las escaleras corredizas que la daban una mano hacia la azotea. Lo saludó el ocaso que caía lentamente, y sorpresivamente se inmutó. Alguien había ahí.*

*—¿Todo es muy extraño, no es así?— dijo Florence recostado en el borde de la azotea.*

*—No pensé que lo hubieras notado— respondió él.*

*—Es evidente que tenemos que volver.*

*—¡Pero no me escuchaste antes!*

*—No puedes ser tan egotista, los demás no pasaron solo un mes ahí, pasaron años y gracias a nosotros pudieron por fin salir, por eso quise subir, necesitaban ver algo más allá que esa cúpula.*

*—Ambos sabemos que se puede hacer vida.*

*—Paciencia.*

*—¿Qué haremos?*

*—Esperar.*

*—¿Qué tanto?*

*—Lo suficiente para que se acostumbren a la idea de que debemos volver. Es cierto, se puede hacer vida allá abajo, pero no queremos acabar siendo eso que estamos odiando, y la radiación del mundo poco a poco nos irá matando, así que no es una opción, sino lo único que podemos hacer.*

*—Lo sé, ya había pensado en eso ¿y el resto de las personas?*

—Si John, Anna y Alex pertenecen a otros lugares del mundo, entonces existe una posibilidad de buscar otras personas y traerlas para que no mueran.

—Parece imposible ¿no?

—No hay imposible para el que su motivación sea más grande que su ego, tú lo sabes.

—Ambos lo sabemos, y me siento feliz por ello.

—El mundo no merece más sufrimiento que el que ya ha pasado, solo nos toca repararlo.

—Será difícil repararlo, pero no dependerá solo de nosotros.

—¿Y de quién más?

—Debemos educarnos para con el mundo, somos parte de él y él de nosotros, y así lo deben entender las próximas generaciones.

—Así lo haremos.

*Hubo una pausa entre las palabras, luego vinieron las sombras entremezcladas del abrazo que hacía evidente la luz de aquel ocaso. Ambos lo apreciaron por un tiempo más hasta que Florence se volvió hacia Jacob para entregarle algo.*

—Esto es algo que encontré en el complejo mientras estuviste inconsciente.

*De un bolsillo interno del sobretodo negro sacó un libro viejo pero bien cuidado que titulaba “El inicio de un nuevo mundo” y se lo entregó a Jacob sin más, luego solo partió dejando a Jacob entre sus pensamientos. Estuvo un rato sentado, “quizá se cumpla, padre, pero de la manera que es la correcta”, pensó. Luego partió igual, regresó a aquel edificio y entró a la habitación. Se acercó al marco de madera observando a través del cristal y liberado de la confusión que lo encarcelaba le brotaron las lágrimas, vio a aquellos que acompañaron en la odisea montar tiendas cerca de la plaza con materiales que respaldó Florence, esperando que la luz desapareciera tras el horizonte. Recordó a su madre, y más allá recordó a aquel que mencionó ser su padre, los imaginó juntos, se veían felices, el amor triunfaba ante cualquier pensamiento exceptuando aquel de la vida misma. No pensó mucho más, recostándose dejó el libro a un costado de la cama empolvada, y sin llegar a acostarse, durmió.*

## **XVI**

Se levantó en medio de la madrugada de golpe pensando en todo: el complejo, Florence, Constantine, su madre, pensó que todo fue una mentira, una creación del subconsciente, un acto del inconsciente, un sueño quizá, se levantó veloz del suelo hacia la ventana pero no, ahí estaban las tiendas, iluminadas por la luz de la luna que era más azul que blanca. Luego se volvió con sus ojos buscando y

encontrando el libro, lo tomó, se sentó en la cama y leyó “El inicio de un nuevo mundo” giró a la contraportada y en la parte baja leyó “C.M, Constantine Meller”.

**FIN**